



Arístides

Plutarco

I. Aristides, hijo de Lisímaco, era de la tribu Antióquide y de la curia Alopecense. Acerca de su patrimonio corren diferentes opiniones, diciendo algunos que pasó su vida en continua pobreza, y que a su muerte dejó dos hijas, que estuvieron mucho tiempo sin casar por la estrechez de su fortuna. Mas contra esta opinión, sostenida por muchos, tomó partido Demetrio Falereo en su Sócrates, refiriendo que en Falera conoció cierto territorio que se decía de Aristides, en el que había sido sepultado. Hay además algunos indicios de que su casa era acomodada, de los cuales es uno el haber obtenido por suerte la dignidad de Epónimo, que no se sorteaba sino entre los que eran de las familias que poseían el mayor censo, a los que llamaban quinienteños. Otro indicio es el ostracismo, porque no le sufría ninguno de los pobres, sino los que eran de casas grandes, sujetos a la envidia por la vanidad del linaje. Tercero y último, haber dejado en el templo de Baco, por ofrenda de la victoria obtenida con un coro, unos trípodas que todavía se muestran hoy, conservando esta inscripción: “La tribu Antióquide venció; conducía el coro Aristides, y Arquéstrato fue el que ensayó el coro”. Pero éste, que parece el más fuerte, es sumamente débil; porque también Epaminondas, que nadie ignora haberse criado y haber vivido en suma pobreza, y Platón el filósofo, dieron unos coros que merecieron aprecio: el uno de flautistas, y el otro, de jóvenes llamados cíclicos, suministrando a éste para el gasto Dión de Siracusa, y a

Epaminondas, Pelópidas; no estando los hombres de bien reñidos en implacable e irreconciliable guerra con las dádivas de los amigos, sino que teniendo por indecorosas y bajas las que se reciben por avaricia, no desechan aquellas que no se toman por lucro, sino para cosas de honor y lucimiento. Panecio manifiesta que, en cuanto al trípode, se dejó engañar Demetrio de la semejanza de los nombres. Desde la guerra pérsica hasta el fin de la del Peloponeso sólo se halla, en efecto, haber vencido con coros dos Aristides, de los cuales ninguno era este hijo de Lisímaco, sino que el padre de uno fue Jenófilo y el otro fue mucho más moderno; como lo convencen el modo de la escritura, que es de tiempo posterior a Euclides, y el hablarse de Arquéstrato, de quien en el tiempo de la guerra pérsica ninguno dice que fuese maestro de coros, cuando en el tiempo de la del Peloponeso son muchos los que lo atestiguan; mas esto de Panecio necesita de mayor examen. Por lo que hace al ostracismo, incurría en él todo el que parecía sobresalir entre los demás por su fama, por su linaje o por su facundia en el decir; así es que Damón, maestro de Pericles, sufrió el ostracismo por parecer que era aventajado en prudencia, e Idomeneo dice que Aristides fue Arconte no por suerte, sino por elección de los Atenenses; y si fue llamado al mando después de la batalla de Platea, como el mismo Demetrio dice, es muy probable que en tanta gloria, y después de tales hazañas, se le contemplase por su virtud digno de aquella autoridad, que otros alcanzaban por sus riquezas. De otra parte, es bien sabido que Demetrio, no sólo en cuanto a Aristides, sino también en cuanto a Sócrates, tomó el empeño de eximirle de la pobreza como de un gran mal; porque dice que éste no sólo tenía una casa, sino setenta minas puestas a logro en casa de Critón.

II. Aristides trabó amistad con Clístenes, el que restableció el gobierno después de la expulsión de los tiranos; mirando especialmente con emulación y asombro, entre todos los dados a la política, a Licurgo, legislador de los Lacedemonios, se inclinó al gobierno aristocrático, pero tuvo por rival para con el pueblo a Temístocles, hijo de Neocles. Algunos refieren que, siendo ambos muchachos, y educados juntos desde el principio, siempre disintieron el uno del otro, tanto en las cosas de algún cuidado como en las de recreo y diversión, y que al punto se manifestaron sus caracteres por esta especie de contrariedad; siendo el del uno blando, manejable y versátil, prestándose a todo con facilidad y prontitud, y el del otro, firme en un propósito, inflexible en cuanto a lo justo y enemigo de la mentira, de las chanzas y del engaño, aun en las cosas de juego. Aristón de Ceo dice que la enemistad de ambos dimanó de ciertos amores, hasta llegar al último punto: porque enamorados de Estesilao, natural de Ceo, sumamente gracioso en la forma y figura de su cuerpo, llevaron tan mal la competencia, que aun después de marchita la hermosura de aquel joven no cesaron en su oposición; sino que como si se hubieran ensayado en aquel

objeto, con el mismo afecto pasaron al gobierno, acalorados y encontrados el uno con el otro. Y Temístocles, dándose a cultivar amistades, alcanzó un influjo y poder de ningún modo despreciable; así es que a uno que le propuso que el modo de gobernar bien a los Atenenses sería el que se mostrase igual e imparcial a todos: “No querría- le respondió- sentarme en una silla en la que no alcanzaran más de mí los amigos que los extraños”; mas Aristides, manteniéndose solo, siguió en el gobierno otro camino particular: lo primero, porque ni quería tener condescendencias injustas con sus amigos ni tampoco disgustarlos, no haciéndoles favores; lo segundo, porque veía que el poder de los amigos alentaba a muchos para ser injustos, y él entendía que el buen ciudadano no debía poner su confianza sino en hacer y decir cosas justas y honestas.

III. Promovía Temístocles muchas cosas arriesgadas, y en todo lo relativo a gobierno le contradecía y estorbaba; por lo que se vio Aristides precisado a oponerse a muchos de los intentos de aquel; unas veces para defenderse, y otras para contener su poder, acrecentado por el favor del pueblo: teniendo por menos malo privar a la ciudad de alguna cosa beneficiosa que no el que aquel se envalentonase saliéndose con todo. De modo que en una ocasión, habiendo Temístocles propuesto una cosa conveniente, la resistió, sin embargo, y repugnó, aunque no pudo estorbarla, y al retirarse de la junta pública prorrumpió en la expresión de que no podría salvarse la república de Atenas si a Temístocles y a él no los arrojaban en una sima. En otra ocasión propuso al pueblo un proyecto de decreto, y aunque fue muy contradicho y disputado, conoció que iba a prevalecer; y cuando ya se estaba para recoger los votos de orden del Arconte, convencido, desengañado por la discusión, de lo que convenía, retiró su proposición. Muchas veces hizo sus propuestas por medio de otros, a fin de evitar que su contraposición con Temístocles sirviese de impedimento para lo que era de bien público. Mas lo que sobre todo pareció maravilloso fue su igualdad en las mudanzas a que expone el mando, no engriéndose con los honores y manteniéndose siempre tranquilo y sosegado en las adversidades, por estar en la inteligencia de que exigía el bien de la patria que en servirla se mostrase desinteresado, no sólo con respecto a la riqueza, sino con respecto también a la gloria. De aquí provino, sin duda, que representándose en el teatro estos yambos de Esquilo, relativos a Anfiarao, Quiere no parecer, sino ser justo: En su alma el saber echadas tiene hondas raíces, y copioso fruto de excelentes y útiles consejos, todos se volvieron a mirar a Aristides, como que de él era propia aquella virtud.

IV. No sólo contra la benevolencia y el agrado, sino también contra la ira y enemistad, era bastante poderoso a resistir por sostener lo justo. Dícese, pues, que persiguiendo una ocasión a un enemigo en el tribunal, como no quisiesen los jueces, después de la acusación, oír al tratado como reo, sino que pidiesen el pasar a votar contra él, se puso Aristides a su lado a pedir

también que se le diese audiencia y fuese tratado conforme a las leyes. Juzgaba otra vez a dos particulares, y diciendo el uno que su contrario había hecho muchas cosas en defensa de Aristides, le contestó: “No, amigo; tú di si te ha hecho a ti alguna ofensa, porque no soy yo, sino tú, el que ha de ser juzgado”. Eligiéronle procurador de las rentas públicas, y no sólo descubrió que habían sustraído caudales los Arcontes de su tiempo, sino también los que le habían precedido, y más especialmente Temístocles. Que era largo de manos, aunque sabio. Por esta causa suscitó éste a muchos contra Aristides, y persiguiéndole al dar sus cuentas hizo que se le formase causa y condenase por ocultación, según dice Idomeneo: pero como por ello se hubiesen disgustado los primeros y más autorizados de la ciudad, no sólo salió libre de todo cargo y multa, sino que volvieron a elegirle para la misma magistratura. Hizo como que estaba arrepentido de su primer método, manifestándose más benigno; con lo que tuvo gratos a los usurpadores de los caudales públicos, porque no se lo echaba en cara ni llevaba las cosas con rigor; de manera que, enriquecidos con sus rapiñas, colmaban de alabanzas a Aristides e intercedían ansiosos con el pueblo para que todavía le eligieran otra vez; mas cuando ya iban a votarle, increpó a los Atenienses, diciéndoles: “¡Conque cuando me conduje bien y fielmente me maltratasteis, y cuando he dejado abandonados crecidos caudales en manos rapaces me tenéis por el mejor ciudadano! Pues más me avergüenzo del honor que ahora me hacéis que de la injusticia pasada; y me indigno contra vosotros, para quienes parece más glorioso el favorecer a los malos que defender los intereses de la república”. Dicho esto, descubrió las malversaciones, con lo que hizo callar a sus panegiristas y encomiadores, y recibió de los hombres de bien una verdadera y justa alabanza. V- Cuando Datis, enviado por Darío en apariencia a tomar venganza de los Atenienses por haber incendiado a Sardis, pero en realidad a subyugar a los Griegos, se apoderó de Maratón y arrasó la comarca, entre los generales nombrados por los Atenienses para aquella guerra tenía el mayor crédito Milcíades, pero en gloria e influjo era Aristides el segundo; y habiéndose adherido entonces, en cuanto a la batalla, al dictamen de Milcíades, no fue quien menos lo hizo prevalecer. Alternaban los generales en el mando por días, y cuando le llegó su turno lo pasó a Milcíades, enseñando así a sus colegas que el obedecer y sujetarse a los más entendidos, no sólo es un desdoro, sino más bien laudable y provechoso. Calmando por este término la emulación, y haciendo entender a todos cuánto convenía gobernarse por la inteligencia y disposiciones de uno solo, dio mayor aliento a Milcíades, asegurándolo en sus proyectos con no tener que alternar en la autoridad: porque no haciendo ya cuenta con mandar cada uno en su día, le quedó a aquel indivisa. En la batalla, habiendo sido el centro de los Atenienses el más combatido, por haber cargado los bárbaros con el mayor encarnizamiento contra las tribus Leóntide y Antióquide, pelearon

valerosamente Temístocles y Aristides, que formaban muy cerca el uno del otro, por ser de la Leóntide aquel y de la Antióquide éste. Como después de haber puesto en retirada a los bárbaros y haberse embarcado éstos observasen los Atenenses que no hacían rumbo hacia las islas, sino que el viento y el mar los impelían hacia afuera, con dirección al Ática, temiendo no se hallase la ciudad falta de defensores, se encaminaron solícitos hacia ella con las nueve tribus, y concluyeron su marcha en el mismo día. Quedó en Maratón Aristides con su tribu para custodia de los cautivos y de los despojos, y no frustró la opinión que de él se tenía, sino que habiendo copia de oro y plata, de ropas de todos géneros y de toda suerte de efectos en número increíble en las tiendas y en los buques apresados, ni él mismo tocó a nada, ni permitió que tocase ninguno otro, a no ser que algunos ocultamente tomasen alguna cosa; de cuyo número fue Calias el daduco portaantorcha; porque, a lo que parece, a éste fue a presentársele uno de los bárbaros, creyendo, por la cabellera y por el turbante, que era un rey, y saludándole y tomándole la diestra le manifestó que había mucho oro enterrado en cierto hoyo; y Calias, hombre el más cruel y el más injusto, fue, cogió el oro, y al bárbaro, para que no lo revelara a otros, le quitó la vida. De aquí dicen que viene el que los cómicos llamen a los de su parentela ricos de hoyo, con alusión al lugar en que Calias encontró aquel oro. Dióse inmediatamente después a Aristides la dignidad de Epónimo, aunque Demetrio Falereo es de opinión que la obtuvo poco antes de su muerte, después de la batalla de Platea. Con todo, en los fastos después de Jantípides, en cuyo año fue vencido Mardonio en Platea, en muchos años no se encuentra ninguno denominado Aristides, y después de Fanipo, en cuyo tiempo se alcanzó la victoria de Maratón, en seguida está escrito el nombre del Arconte Aristides.

VI Entre todas sus virtudes, la que más se dio a conocer al pueblo fue la justicia, porque su utilidad es más continua y comprende a todos: así, un hombre pobre y plebeyo alcanzó el más excelente y divino renombre, llamándole todos el justo; renombre a que no aspiró nunca ninguno de los reyes ni de los tiranos, queriendo más algunos de ellos apellidarse sitiadores, fulminadores, vencedores y aun algunos águilas y gavilanes: prefiriendo, a lo que parece, la gloria que dan la fuerza y el poder a la que proviene de la virtud. Y si lo admirable y divino, en cuya posesión y goce tanto manifiestan complacerse, se distingue principalmente por estas tres calidades, indestructibilidad, poder y virtud, de ellas ésta es la más respetable y divina; porque lo indestructible conviene también al vacío y a los elementos, y poder lo tienen grande los terremotos, los rayos, los remolinos de viento y las inundaciones de los torrentes; de lo justo y del derecho nada hay, en cambio, que participe sino siguiendo los dictámenes de la razón y de la prudencia. Por tanto, siendo asimismo tres los afectos que en los más de los hombres excita lo divino, a saber: deseo, miedo y

respeto, aspiran, como que en ello consiste su felicidad, por lo indestructible y eterno; temen y se sobresaltan con la dominación y el poder; pero aman, acatan y veneran a la justicia. Y con ser esto así, ansían por la inmortalidad, que nuestra caduca naturaleza no admite, y por el poder, que en la mayor parte depende de la fortuna; poniendo en el último lugar a la virtud, de todos estos bienes que reputamos divinos el único que está en nuestro albedrío; en lo que van muy engañados, no reflexionando que a la vida pasada en el poder y la fortuna la justicia la hace digna de los dioses, y la injusticia, propia de las fieras.

VII. Aunque a Aristides al principio le fue muy lisonjero aquel sobrenombre, últimamente vino a conciliarle envidia, principalmente por el cuidado que puso Temístocles en sembrar el rumor entre la muchedumbre de que Aristides, haciendo inútiles los tribunales con meterse a juzgarlo y decidirlo todo, aspiraba sordamente a prepararse sin armas una monarquía. Además de esto, engreído el pueblo con la victoria, y creído de que de todo era por sí capaz, no podía aguantar a los que tenían un nombre y una fama que oscurecían a los demás. Concurriendo, pues, a la ciudad de todas partes, destierran a Aristides por medio del ostracismo, apellidando miedo de la tiranía lo que era envidia de su gloria. Porque el ostracismo no era pena de alguna mala acción, sino que por cierta delicadeza se le llamaba humillación y castigo del orgullo, y de un poder inaguantable, cuando en realidad no era más que un suave consuelo de la envidia, que no usaba medios insufribles, sino que se libraba, con una mudanza de país por diez años, de una incómoda molestia; cuando más tarde algunos empezaron a sujetar a esta especie de destierro a hombres bajos y conocidamente malos, de los cuales el último fue Hipérbolo, hubieron de abandonarla. Dícese que para sujetar a Hipérbolo al ostracismo sucedió lo siguiente: desacordaban entre sí Alcibíades y Nicias, que eran los de mayor influjo en la ciudad, y cuando el pueblo iba a echar la concha, sabiendo los unos de los otros a quién iban a escribir en ella, se confabularon por fin ambos partidos, y, de común convenio, trataron de desterrar a Hipérbolo. Reflexionó luego el pueblo, y creyendo desacreditado y afrentado aquel medio político, lo dejó y abolió para siempre. Explicaremos en pocas palabras lo que era aquel medio: tomaba cada uno de los ciudadanos una concha, y escribiendo en ella el nombre del que quería saliese desterrado, la llevaba a cierto lugar de la plaza cerrado con verjas. Contaban luego los Arcontes primero el número de todas las conchas que allí había, porque si no llegaban a seis mil los votantes, no había ostracismo. Después iban separando los nombres, y aquel cuyo nombre había sido escrito en más conchas era publicado como desterrado por diez años, dejándosele disponer de sus cosas. Estaban en esta operación de escribir las conchas, cuando se dice que un hombre del campo, que no sabía escribir, dio la concha a Aristides, a quien casualmente tenía a mano, y le encargó que escribiese Aristides; y como

éste se sorprendiese y le preguntase si le había hecho algún agravio: “Ninguno- respondió-, ni siquiera lo conozco, sino que ya estoy fastidiado de oír continuamente que le llaman el justo”; y que Aristides, oído esto, nada le contestó, y escribiendo su nombre en la concha, se la volvió. Desterrado de la ciudad, levantando las manos al cielo, hizo una plegaria enteramente contraria a la de Aquiles, pidiendo a los Dioses que no llegara tiempo en que los Atenenses tuvieran que acordarse de Aristides.

VIII. Al cabo de tres años, cuando Jerjes por la Tesalia y la Beocia se encaminaba contra el Ática, abolieron la ley, y permitieron a todos los desterrados la vuelta; por temor, principalmente, de que Aristides, uniéndose con los enemigos, sedujese y atrajese a muchos de los ciudadanos al partido del bárbaro; en lo que manifestaron no conocer bien a este insigne varón, que antes de aquella providencia estaba ya trabajando en acalorar a los Griegos para defender su libertad, y después de ella, siendo Temístocles el que tenía el mando absoluto, nada dejó por hacer, de obra o de consejo, para que con la salvación de todos alcanzara su enemigo la mayor gloria. Porque teniendo Euribíades resuelto abandonar a Salamina, como las galeras de los bárbaros, dando por la noche la vela y, navegando en círculo, hubiesen tomado el paso y las islas, sin que nadie tuviese conocimiento de este bloqueo, Aristides vino apresuradamente de Egina, pasando por entre las naves enemigas, presentóse asimismo por la noche en la cámara de Temístocles, le llamó afuera a él solo, y le habló de esta manera: “Nosotros ¡oh Temístocles!, si es que tenemos juicio, nos olvidaremos de nuestra vana y juvenil discordia y entablaremos otra contienda más saludable y digna de loor, disputando entre los dos sobre salvar a la Grecia: tú, como caudillo y general, y yo, como soldado y consejero: puesto que sé que tú solo has tomado la mejor resolución, ordenando que se trabase combate cuanto antes en este estrecho; y cuando nuestros aliados te se oponían, parece que los enemigos se han puesto de tu parte. Porque el mar al frente y todo alrededor está ya ocupado por naves enemigas, de manera que aun los que rehusaban se ven en la necesidad de mostrar valor y entrar en combate, por haberse cortado todo camino a la retirada.” Respondióle a esto Temístocles: “No permitiré ¡oh Aristides! que en esta ocasión me excedas en virtud, sino que, conteniendo con tu glorioso propósito, procuraré aventajarme en las obras”; y dicho esto, le descubrió el engaño y estratagema de que se había valido con el bárbaro, exhortándolo a que persuadiera a Euribíades y le hiciera ver que no había arbitrio para salvarse sin combatir, porque a él le creería mejor. Así es que en la conferencia de los generales, diciendo Cleócrito de Corinto a Temístocles que ni Aristides aprobaba su dictamen, pues que hallándose presente callaba, replicó Aristides: “No callaría yo de ninguna manera si Temístocles no propusiese lo mejor; mas ahora guardo silencio, no porque le tenga consideración, sino porque soy de su parecer.”

IX. Esto fue lo que pasó entre los caudillos de la armada de los Griegos; mas Aristides, sabedor de que Psitalea, que es una isla pequeña junto al estrecho de Salamina, había sido ocupada por gran número de enemigos, tomó consigo en unas lanchas a los ciudadanos más decididos y animosos, aportó a la isleta, y trabando combate con los bárbaros les dio muerte a todos, a excepción de unos cuantos de los más distinguidos entre ellos, a quienes hizo cautivos. Entre éstos había tres hijos de una hermana del rey, llamada Sandauca, los cuales remitió al instante a Temístocles, y se dice que de mandato del agorero Eufántides fueron sacrificados, según cierto oráculo, a Baco Omesta. En seguida, distribuyendo Aristides soldados de infantería por toda la isla los tuvo en celada contra los que aportasen a ella; mal de modo que en nada ofendiesen a los amigos ni dejasen ir salvos a los enemigos: pues parece que el principal concurso de las naves y lo más recio de la batalla vino a ser hacia aquel punto por lo que levantó trofeo en Psitalea. Después de la batalla, queriendo Temístocles probar a Aristides, le dijo que, si bien era muy grande la obra que habían hecho, todavía les faltaba lo mejor, que era tomar el Asia en la Europa, navegando velozmente al Helesponto y cortando el puente; mas como le replicase Aristides que debía abandonarse aquel pensamiento y ver cómo harían que el Medo saliese cuanto antes de la Grecia, no fuese que encerrado por falta de salida la necesidad le obligase a defenderse con tan inmensas fuerzas, Temístocles despachó al eunuco Arnaces, que era uno de los cautivos, para que dijese al rey en secreto que él había disuadido a los Griegos del intento de ir a cortar los puentes, con el objeto de que el rey se pusiese en salvo.

X. Cobró Jerjes miedo con esta noticia, y así, a toda prisa se encaminó al Helesponto. Quedó en Grecia Mardonio, que tenía consigo lo más aguerrido del ejército, en número unos trescientos mil hombres, fuerza con que se hacía temible, poniendo principalmente su esperanza en la infantería, y con la que amenazaba a los Griegos, a quienes escribió en estos términos: “Vencisteis con marítimos leños a unos hombres de tierra adentro, poco diestros en manejar el remo; pero ahora la tierra de los Tésalos es llana y los campos de los Beocios muy a propósito para combatir con caballería e infantería.” A los Atenienses les escribió aparte a nombre del rey, prometiéndoles que levantaría de nuevo su ciudad, los colmaría de bienes y les daría el dominio sobre los demás Griegos, con tal que se apartasen de la guerra. Entendiéronlo los Lacedemonios, y concibiendo temor enviaron a Atenas mensajeros con la propuesta de que mandaran a Esparta sus mujeres y sus hijos, y que para sus ancianos tomasen de los mismos Lacedemonios el sustento necesario: pero era extrema la miseria de los Atenienses, habiendo perdido sus campiñas y su ciudad. Oídos los mensajeros, les dieron, siendo Aristides quien propuso el decreto, una admirable respuesta; diciéndoles que a los enemigos les perdonaban el que creyesen que todo se compraba con el dinero y las

riquezas, pues que no conocían cosas de más precio, pero no podían llevar con paciencia que los Lacedemonios sólo pusiesen la vista en la pobreza y miseria que afligía a los Atenenses, olvidándose de la virtud y del honor, para proponerles que por el precio del alimento combatieran en defensa de la Grecia. Así lo escribió Aristides; y convocando a unos y a otros embajadores a la junta pública, a los de los Lacedemonios les encargó dijese además que no había bastante oro, ni sobre la tierra ni debajo de ella, que igualara en valor, para los Atenenses, a la libertad de los Griegos; y vuelto a los de Mardonio, señalando al Sol: “Mientras este astro- les dijo- ande su carrera, harán los Atenenses la guerra a los Persas, por sus campos asolados y por sus templos profanados y entregados a las llamas.” Propuso también que los sacerdotes hicieran imprecaciones contra el que mandara embajadas a los Medos o se apartara de la alianza de los Griegos. En esto invadió Mardonio segunda vez el Ática, por lo que ellos se retiraron como antes con sus naves a Salamina; pero pasando Aristides con legación a Lacedemonia, les echó en cara su tardanza y su indiferencia, con la que de nuevo abandonaban a Atenas a la ira del bárbaro; mas les rogó que los auxiliasen en favor de lo que aun quedaba salvo en la Grecia. Oído que fue esto por los Éforos, de día afectaron entretenerse y divertirse, como es propio de las fiestas, porque celebraban la de Jacinto; pero por la noche juntaron un ejército de cinco mil Espartanos, cada uno de los cuales llevaba consigo siete hilotas, y lo hicieron marchar, sin que de ello se enterasen los Atenenses. Volvió Aristides a reconvenirlos al día siguiente; y como ellos con risa le contestasen que debía de estar lelo o dormido, pues ya el ejército estaría en el templo de Orestes marchando contra los forasteros, nombre que daban a los Persas: “No es tiempo éste de chanzas- les repuso Aristides-, queriendo vosotros más bien engañar a los amigos que a los enemigos.” Así lo escribió Idomeneo; pero en el proyecto de decreto de Aristides no está escrito por embajador él mismo, sino Cimón, Jantipo y Mirónides.

XI Elegido general con mando independiente para aquella batalla, tomó a sus órdenes ocho mil infantes de Atenas, y marchó para Platea, donde se le reunió Pausanias, general de todas las tropas griegas, que tenía consigo a los Espartanos, concurriendo muchedumbre de todos los demás Griegos. El ejército de los bárbaros, que estaba formado junto al río Asopo, no tenía término; y en derredor del bagaje y provisiones se había corrido un muro cuadrado, cuyos lados tenían cada uno la longitud de diez estadios. A Pausanias, pues, y en común a todos los Griegos, les profetizo y predijo la victoria Tisámeno de Elis, si se estaban a la defensiva y no eran los primeros en acometer. Mas Aristides envió a consultar a Delfos, y el dios dio por respuesta que los Atenenses prevalecerían sobre los contrarios, si hacían votos a Zeus, a Hera Citeronia, a Pan y a las Ninfas Esfragítides; si sacrificaban a los héroes Andrócrates, Leucón, Pisandro, Damócrates,

Hipsión, Acteón y Polido, y si trababan la contienda en su propia tierra, y en la región de Deméter Eleusinia y de Perséfone. Venido que fue este oráculo, dio mucho en qué pensar a Aristides; porque, en primer lugar los héroes a quienes mandaba sacrificar eran los patriarcas de las familias de los Plateenses, y la cueva de las Ninfas Esfragítides está en una de las cumbres del Citerón, vuelta al poniente de verano; y en ella había antes, según dicen, un oráculo, del que eran poseídos muchos de aquellos naturales, a los que llamaban Ninfoleptas; y de otra parte, la región de Deméter Eleusinia; y el concederse la victoria a los Atenenses, si peleaban en su propia tierra, parecía que era revocar y trasladar la guerra al Ática. En esto parecióle a Arimnesto, general de los Plateenses, que entre sueños era preguntado de Zeus Salvador qué era lo que pensaban hacer los Griegos, y que él le respondió: “Mañana, señor, llevaremos el ejército a Eleusis, y combatiremos allí a los bárbaros, conforme a un oráculo de la Pitia”; a lo que el dios le había replicado que estaban engañados del todo, porque allí en la región plataica se verificaba el oráculo, y que si lo investigasen se convencerían. Esta visión convenció por completo a Arimnesto; y levantándose al punto, hizo llamar a los ciudadanos de más edad y de mayor experiencia, y conferenciando sus dudas con ellos encontró que cerca de los Hisios, al pie del Citerón, hay un templo muy antiguo que se llama de Deméter Eleusinia y de Perséfone. Llamando, pues, a Aristides, le llevó a un sitio sumamente a propósito para que formasen en él los batallones que no eran fuertes en caballería, a causa de que las faldas del Citerón hacían inaccesibles para los caballos las cañadas contiguas al templo. Allí estaba también el templete de Andrócrates, cercado de una selva de espesos y copados árboles: y para que nada le faltase al oráculo en cuanto a la esperanza de la victoria, pareció a los Plateenses, a propuesta de Arimnesto, quitar los términos que separaban el campo de Platea del de Ática y donar aquella región a los Atenenses, para que, según el oráculo, pelearan en su propia tierra en defensa de la Grecia. Llegó a tener tanta fama esta gloriosa decisión de los Plateenses, que Alejandro, dominando ya el Asia, muchos años después, levantó los muros de Platea e hizo pregonar en los juegos olímpicos que de este modo recompensaba el rey a los Plateenses su fortaleza y su magnanimidad, por haber dado en la guerra médica a los Griegos aquel territorio, mostrándose sumamente alentados y valerosos.

XII. Disputaban los Tegeatas con los Atenenses sobre el lugar que tendrían en el ejército, pretendiendo que, pues los Lacedemonios tenían el ala derecha, se les diera el ala izquierda, y haciendo para esto grandes elogios de sus antepasados. Ofendíanse mucho de semejante contienda los Atenenses; pero salióles al encuentro Aristides, y dijo: “No es propio de esta ocasión el que alterquemos con los Tegeatas sobre linaje y sobre proezas; mas a vosotros ¡oh Lacedemonios!, y a todos los demás Griegos,

os hacemos presente que el lugar no quita ni da valor: cualquiera que sea el que nos diereis procuraremos, conservándole y honrándole, no hacernos indignos de la gloria adquirida en las guerras anteriores: porque no hemos venido a indisponernos con los aliados, sino a pelear con los enemigos; ni a ensalzar a nuestros padres, sino a acreditarlos con la Grecia de hombres esforzados: así este combate hará ver en cuánto debe de ser tenido de los Griegos cada uno, ciudad, general o soldado”. Oído esto por los del consejo y por los generales, aprobaron el discurso de los Atenienses, y les dieron a mandar la otra ala del ejército.

XIII. Como estuviese en gran conflicto la Grecia, y sobre todo se hallasen en malísimo estado las cosas de los Atenienses, algunas de las familias más principales y más ricas, que por causa de la guerra habían caído en pobreza, y juntamente con los bienes habían perdido todo su esplendor e influjo, viéndose reducidos a este extremo de abatimiento mientras otros brillaban y mandaban, se reunieron clandestinamente en una casa de Platea y se conjuraron o para disolver la república, o, si no salían con su intento, para estragar los negocios de ella, poniéndolos en manos de los bárbaros. Mientras esto se ejecutaba en el campamento, siendo ya muchos los pervertidos, llegó a entenderlo Aristides, y haciéndose cargo de lo arriesgado de la ocasión determinó, ni abandonar del todo y dejar correr semejante acontecimiento, ni descubrirlo tampoco enteramente, ya por no conocer realmente cuántos serían los inculcados, y ya también porque creyó que en aquel caso valía más hacer callar la justicia que la conveniencia pública. Arresta, pues, a solo ocho, entre tantos; de ellos, dos, contra quienes había formado la causa, y que eran los motores principales, Esquines Lampreo y Agesias Acarneo, lograron fugarse del campamento; a los otros, con esto, los dejó libres, dando lugar a que respirasen y se arrepintiesen, en inteligencia de que no habían sido descubiertos, diciendo solamente que la guerra sería el mejor tribunal donde desvaneciesen las sospechas y cargos, esmerándose en mirar por la patria.

XIV. Después de esto, Mardonio ensayó el hacer cargar con fuerza considerable de caballería, que era en lo que principalmente se aventajaba a los Griegos, las tropas de éstos, acampadas al pie del Citerón, en posiciones fuertes y pedregosas, a excepción de las de Mégara. Éstas, que consistían en unos tres mil hombres, habían puesto sus reales en terreno más llano: así es que padecieron mucho por la caballería, que cala sobre ellas y las acometía por todas partes. Enviaron, pues, a toda priesa un aviso a Pausanias, pidiéndole auxilio, pues, por si no podían sostenerse contra la muchedumbre de los bárbaros. Pausanias, además de recibir este aviso, veía que el campo de los Megarenses se cubría de saetas y dardos, y que éstos se habían recogido a un punto muy estrecho; mas como no tuviese arbitrios para defenderlos contra los caballos con la infantería, pesadamente armada, de los Espartanos, excitó, entre los demás generales y caudillos de los

Griegos que le rodeaban, una contienda y emulación de virtud y gloria, proponiéndoles si habría algunos que voluntariamente se ofreciesen a auxiliar y socorrer a los de Mégara. Excusáronse los demás; pero Aristides tomó este negocio a cargo de los Atenienses, y envió con este designio a Olimpíodoro, el más arrojado de los tribunos, que llevó consigo trescientos hombres escogidos, y mezclados con ellos algunos tiradores. Previniéronse éstos sin dilación, y marcharon a carrera; mas como lo advirtiese Masistio, general de la caballería de los bárbaros, varón muy denodado y de maravillosa estatura y belleza. volviendo su caballo, se dirigió contra ellos. Sostuviéronse y trabaron combate, el que se hizo muy porfiado, teniéndolo por prueba de lo que podría esperarse en adelante. En esto, herido de un dardo, el caballo derribó a Masistio, el cual, caído, apenas podía moverse por el peso de las armas; pero al mismo tiempo había gran dificultad para que fuese ofendido de los Atenienses, que lo tenían cercado y procuraban herirlo, por cuanto no sólo llevaba defendidos el pecho y la cabeza, sino todo el resto del cuerpo, con piezas de oro y plata. Con todo, hi- rióle uno con la punta del dardo en la parte del casco por donde se descubría un ojo, outándole la vida, y los demás Persas, abandonando el cadáver, dieron a huir. Echóse de ver la grandeza de esta victoria, no en la muchedumbre de los muertos, porque eran en corto número, sino en el llanto de los bárbaros: porque por la falta de Masistio se cortaron el cabello a sí mismos y a los caballos y acémilas, y llenaron todo el contorno de suspiros y sollozos en señal de que habían perdido un hombre, el primero en valor y poder, después de Mardonio.

XV. Después de este encuentro de la caballería estuvieron unos y otros sin combatir largo tiempo, porque los agoreros, por la inspección de las, víctimas, ofrecían la victoria a los que se defendiesen, tanto a los Persas corro a los Griegos, y la derrota a los que acometieran. Mas como viese Mardonio que tenía provisiones para pocos días y que los Griegos continuamente se aumentaban, porque sin cesar se les incorporaban algunos, no pudo contenerse, y resolvió no aguantar más, sino pasar al otro día al amanecer el Asopo y caer sobre los Griegos, cuando ellos menos pensaban, para lo que dio en aquella tarde las órdenes a los jefes; pero exactamente a la medianoche llegó un hombre a caballo al campo de los Griegos, y al llegar a las guardias dijo que le llamaran a Aristides el Ateniese. Presentóse inmediatamente éste, a quien dijo: “Soy Alejandro, rey de los Macedonios, y por medio de grandes peligros vengo, movido del amor que os tengo, a preveniros, no sea que lo repentino del acometimiento os haga combatir con desventaja. Mardonio os presentará mañana batalla, no porque tenga ninguna esperanza ni esté confiado, sino por el apuro en que se halla; pues antes los agoreros con sacrificios le apartan de combatir, y el ejército está poseído de asombro y desaliento; pero se van en la precisión, o de tentar fortuna, o de sufrir la mayor escasez si permaneciese

tranquilo.” Dicho esto, rogaba Alejandro a Aristides que, si bien convenía que ello supiese y lo tuviese presente, no lo comunicase con ningún otro. Mas aquel expuso que no podía ser ocultarlo a Pausanias, que tenía el mando, y que lo callaría a los demás antes de la batalla; pero que si la Grecia venciese, nadie debería ignorar el celo y la virtud de Alejandro. Tenida esta entrevista, el rey de los Macedonios se volvió otra vez por su camino, y Aristides, pasando a la tienda de Pausanias, le dio cuenta de lo que había pasado; con lo que fueron llamados los demás generales, y se les dio la orden de que tuvieran a punto el ejército, como para recibir batalla.

XVI En esto, según refiere Heródoto, hizo Pausanias a Aristides la proposición de que los Atenienses tomaran el ala derecha formando contra los Persas, pues era mejor que pelearan contra ellos los que ya estaban aguerridos y habían adquirido osadía con anteriores triunfos; y que a él se le diera el ala izquierda, contra la que habían de combatir aquellos Griegos que se habían hecho partidarios de los Medos. Tenían los demás caudillos de los Atenienses por inconsiderado e injusto a Pausanias, por cuanto, dejando quieto el resto del ejército, a solos ellos los traía arriba y abajo como hilotas, exponiéndolos a los mayores peligros; pero Aristides les hizo presente que iban errados del todo, pues que antes habían altercado con los Tegeatas por tener el ala izquierda, y estaban ufanos con haberlo conseguido, y ahora, cuando los Lacedemonios se desistían voluntariamente del ala derecha, y en algún modo les entregaban el mando, no tenían en precio esta gloria ni se hacían cargo de lo que ganaban en no tener que pelear con sus compatriotas y deudos, sino con los bárbaros, sus naturales enemigos. En consecuencia de esto, hicieron ya los Atenienses de muy buena voluntad con los Espartanos el cambio propuesto; siendo muchas las conversaciones que entre sí tenían de que los enemigos ni traían mejores armas ni ánimos más esforzados que los de Maratón, sino los mismos arcos, los mismos vestidos ricos y los mismos adornos de oro en cuerpos muelles y en almas cobardes, cuando nosotros tenemos también las mismas armas y los mismos cuerpos, pero mayor aliento con nuestras victorias; y de que la contienda no era sólo por su país y por su ciudad, como entonces sucedió, sino por los trofeos de Maratón y de Salamina, para que se viese que habían sido, no de Alcibíades y de la fortuna, sino de los Atenienses. Estaban, pues, muy solícitos en la mudanza de puestos; pero habiéndolo entendido los Tebanos por relación de algunos tráfugas, lo participaron a Mardonio, y éste, al punto, bien fuese por temor a los Atenienses, o bien porque desease contender con los Lacedemonios, trasladó los Persas a su ala derecha, dando orden de que los Griegos que estaban con él quedaran formados contra los Atenienses. Túvose noticia de esta mudanza, y Pausanias fue otra vez a tomar el ala derecha y Mardonio tomó inmediatamente la izquierda, quedando colocado contra los Lacedemonios. En esto el día se pasó sin hacer nada; y formando los

Griegos consejo, determinaron ir a acampar a bastante distancia, ocupando terreno provisto de agua, porque los arroyos que había en las cercanías habían sido enturbiados y ensuciados por la numerosa caballería de los bárbaros.

XVII. Entrada la noche conducían los jefes sus respectivas tropas al sitio designado para acamparse; pero mostraban poca disposición en seguir y en permanecer unidas, sino que en la forma en que habían levantado los primeros reales se dirigían hacia la ciudad de Platea desbandados ya, y en notable confusión y desorden: resultando haberse quedado solos los Lacedemonios contra su voluntad; y fue que Amonfáreto, hombre activo y arrojado, que hacía tiempo provocaba a la batalla y llevaba a mal tanta dilación y solicitud, entonces, apellidando de fuga y de deserción aquella mudanza, se obstinó en no querer dejar el puesto, diciendo que allí, con los de su hueste, había de esperar y hacer frente a Mardonio. Fuese a él Pausanias, haciéndole presente que aquello se hacía por el consejo y resolución de los Griegos; y él, entonces, levantando con ambas manos una gran piedra, la arrojó a los pies de Pausanias, diciéndole que el voto que él daba sobre la batalla era aquel, sin hacer ningún caso de las disposiciones y resoluciones tímidas de los demás. Quedó confuso Pausanias con semejante suceso, y envió a decir a los Atenenses, que ya estaban en camino, que le aguardasen para marchar juntos, llevando consigo la demás tropa hacia Platea, a ver si con eso movía a Amonfáreto. Vino en esto el día, y Mardonio, a quien no se ocultaba que los Griegos habían abandonado el campo, teniendo a punto su ejército se dirigió contra los Lacedemonios con gran rumor y algazara de los bárbaros, que sin que interviniese batalla contaban con destrozar a los Griegos, alcanzándolos en su fuga; y en verdad que estuvo en muy poco el que así no sucediese. Porque observando Pausanias lo que pasaba, es cierto que hizo alto y mandó que cada uno ocupara su puesto de batalla; pero o por el enfado con Amonfáreto, o por la prontitud con que le sorprendieron los enemigos, se le olvidó dar la señal a los otros Griegos; por lo cual ni se reunieron pronto ni muchos a la vez, sino con tardanza y en partidas, cuando ya el riesgo estaba encima. Hizo sacrificio, y como no se anunciase fausto, mandó a los Lacedemonios que, poniendo a los pies los escudos, se estuvieran quedos atendiendo a él, sin hacer oposición a ninguno de los enemigos. Volvió a sacrificar, y cayó sobre ellos la caballería, de manera que ya los alcanzó algún dardo, y fue herido alguno de los Espartanos. En esto sucedió que Calícrates, que se decía ser el hombre de más hermosa y gallarda persona de cuantos Griegos había en aquel ejército, fue asimismo herido de muerte, y al caer exclamó que no sentía el morir, pues que había salido de su casa con la resolución de perecer, si era necesario, por la salud de la Grecia, sino el morir sin haberse valido de sus manos. Era, pues, terrible la situación de aquellos hombres, y admirable su paciencia, pues que, no haciendo resistencia a los

enemigos que les acometían esperaban que los Dioses y el general les señalasen la hora, sufriendo en tanto el ser heridos y muertos en sus filas; y aun algunos aseguran que estando Pausanias sacrificando y haciendo plegarias a poca distancia de la formación, llegaron de repente algunos Lidios con el objeto de arrebatarse las ofrendas, y, no teniendo armas Pausanias y los que le asistían, los había rechazado con varas y con látigos, y que aun ahora, en imitación de aquella acometida, se repiten cada año los golpes y azotes que se dan a los jóvenes sobre el ara, y la pompa y procesión de los Lidios.

XVIII. Disgustado Pausanias de aquel estado, viendo que el agorero continuamente reprobaba las víctimas, volvióse hacia el templo de Hera; cayéndosele las lágrimas y levantando las manos, pedía a Hera Citeronia y a los demás Dioses que presidían a aquella comarca que, si no estaba destinada a los Griegos la victoria, se les diera a lo menos el sufrir haciendo algo, y mostrando con obras a los enemigos que contendían con hombres de valor y adiestrados en la guerra. Hecha esta invocación por Pausanias, en el mismo momento se mostró fausto el sacrificio, y los agoreros anunciaron la victoria. Dióse a todos la señal de rechazar a los enemigos, y de repente todo el ejército tomó el aspecto de una fiera que estremeciéndose se prepara a hacer uso de su fuerza. Convenciéronse entonces los bárbaros de que las habían con unos hombres que pelearían hasta la muerte, por lo que, embrazando las adargas, empezaron a lanzar dardos contra los Lacedemonios; éstos, manteniendo unidos sus escudos, acometieron también, y llegando cerca retiraban las adargas, e, hiriendo con las lanzas a los Persas en el rostro y en el pecho, dieron muerte a muchos de ellos que no se estuvieron quedos o se mostraron cobardes; pues también ellos, agarrando las lanzas con las manos desnudas, les rompieron muchas; y recurriendo a las armas cortas, no sin diligencia, hicieron uso de las hachetas y de los puñales, y, uniendo y entrelazando asimismo sus adargas, resistieron largo tiempo. Habíanse estado hasta entonces inmóviles los Atenenses, aguardando a ver qué determinarían los Lacedemonios; mas advertidos por el ruido de los que combatían, y llegándoles también aviso de parte de Pausanias, se apresuraron a ir en su socorro; llevados de la vocería avanzaban por la llanura, cuando vinieron contra ellos los Griegos del partido enemigo. Aristides, no bien los hubo visto, cuando, adelantándose gran trecho, les empezó a gritar, invocando los Dioses de la Grecia, que se retiraran del combate y no impidieran ni retardaran a los que peleaban por la defensa de su propia tierra; mas cuando vio que no le atendían y que se disponían a la batalla, hubo de desistir del comenzado auxilio y entrar en lid con éstos, que eran cincuenta mil en número; pero la mayor parte cedió luego, y se retiró, por haberse también retirado los bárbaros. Dícese que lo más encarnizado del combate fue contra los Tebanos, que eran los primeros y de mayor poder de los que

entonces hicieron causa común con los Medos: aunque la muchedumbre no había abrazado aquel partido por su voluntad, sino arrastrado por unos pocos.

XIX. Viniendo así a ser dos los combates, los Lacedemonios fueron los primeros que rechazaron a los Persas, habiendo un Espartano llamado Arimnesto dado muerte a Mardonio de una pedrada que le disparó en la cabeza, como se lo había predicho un oráculo de Anfiarao. Porque había enviado a este oráculo a un Lidio y al oráculo de Trofonio a uno de Caria; y la respuesta que a éste dio el profeta fue en lengua cárica; al Lidio, habiéndose dormido en el templo de Anfiarao, se le figuró que se había presentado un ministro del dios y le había mandado que saliera; y como no quisiese, le había tirado a la cabeza una gran piedra, pareciéndole que del golpe había muerto; esto es lo que se dice haber pasado. Puestos ya en fuga los Persas, los persiguieron hasta hacerlos encerrar dentro de sus muros de madera. De allí a poco rechazaron igualmente los Atenenses a los Tebanos, dando muerte en la misma batalla a unos trescientos de los más distinguidos y principales; y no bien se había verificado esto, cuando les vino orden de que fueran a sitiar el ejército de los bárbaros, encerrado dentro de sus muros. Por esta razón, dejando que los Griegos se fueran libres, marcharon a dar el socorro donde se les pedía, y poniéndose al lado de los Lacedemonios, ignorantes e inexpertos en el modo de conducir un sitio, tomaron el campamento con mucha mortandad de los enemigos; pues se dice que de los trescientos mil sólo huyeron con Artabazo unos cuarenta mil. De los Griegos, que combatieron por la salud de esta región, murieron al todo unos mil trescientos y sesenta; de éstos eran Atenenses unos cincuenta y dos, todos de la tribu Ayántide, según escribe Clidemo, por haber sido la que más denodadamente peleó; y por esta causa los Ayántidas hicieron por esta victoria a las Ninfas Esfragítides el sacrificio prescrito por la Pitia, costeándolo de los fondos públicos; Lacedemonios, noventa y uno, y Tegeatas, once. Es, pues, muy reparable que Heródoto diga haber sido éstos solos los que vinieron a las manos con los enemigos y ninguno otro de los demás Griegos: porque el número de muertos y los monumentos del tiempo atestiguan que la victoria fue de todos, y si solas tres ciudades hubieran combatido, sin tener parte las demás, no podría el ara llevar esta inscripción: Por obra de Ares, por merced de Nico los griegos a los persas rechazaron y al Olimpio erigieron altar común para la Grecia libre. Dióse esta batalla el 14 del mes Boedromión, según la cuenta de los Atenenses, y según la de los Beocios el 24 del mes Pánemo: día en que aun hoy se junta en Platea el concilio griego y en que los Plateenses sacrifican por esta victoria a Zeus Libertador; no siendo de extrañar que haya esta diferencia en la cuenta de los días, cuando aun ahora, después de tanto como se ha adelantado en la astronomía, no convienen los diferentes pueblos en los principios y fines de los meses.

XX. Después de estos sucesos no convenían los Atenienses en conceder el prez del valor a los Lacedemonios, ni les permitían levantar trofeo, habiendo estado en muy poco el que de pronto se arruinase toda aquella dicha de los Griegos, estando como estaban sobre las armas, a no haber sido que Aristides, exhortando y persuadiendo a sus colegas, y especialmente a Leócrates y Mirónides, alcanzó y obtuvo de ellos que se dejara la decisión a los otros Griegos. Deliberando, pues, éstos, propuso Teogitón de Mégara que el prez había de darse a otra ciudad si no querían que se encendiese una guerra civil, y como a esta propuesta se hubiese puesto en pie Cleócrito de Corinto, por lo pronto hizo creer que iba a pedir aquel premio para los Corintios, porque después de Esparta y Atenas era Corinto una de las ciudades de más fama: pero hizo a favor de los de Platea una admirable propuesta, que agradó a todos, porque aconsejó que para quitar toda contienda se diera el prez a los Plateenses, por cuya preferencia nadie había de incomodarse; así fue que al pronto otorgó Aristides por los Atenienses, y en seguida Pausanias por los Lacedemonios. Reconciliados de este modo, separaron del botín ochenta talentos para los de Platea, con los cuales reedificaron el templo de Atenea, labraron su estatua y adornaron el templo con pinturas que aún el día de hoy se conservan frescas. Levantaron trofeos separadamente: de una parte, los Lacedemonios, y de otra, los Atenienses; pero en cuanto a sacrificios, habiendo consultado a Apolo Pitio, les dio por respuesta que construyesen el ara de Zeus Libertador, y que se abstuviesen de sacrificar hasta que, apagado el fuego de todo el país, como contaminado por los bárbaros, lo encendiesen puro en el altar común de Delfos. Los magistrados, pues, de los Griegos, enviaron de pueblo en pueblo a que en todas las casas se apagase el fuego, y en Platea, habiendo ofrecido Éuquidas que iría en toda diligencia a tomar y traerles el fuego del dios, marchó para Delfos. Lavóse allí el cuerpo, hízose aspersiones, coronóse de laurel, y, tomando del ara el fuego, se volvió corriendo a Platea, y llegó antes de ponerse el sol, habiendo andado aquel día mil estadios. Saludó a sus conciudadanos, e inmediatamente cayó en el suelo, y expiró de allí a poco. Recogieron los de Platea su cadáver, y lo sepultaron en el templo de Ártemis Euclea, poniéndole por inscripción estos versos: A Delfos llegó Éuquidas corriendo y volvió a su ciudad el mismo día; y el sobrenombre de Euclea se lo dan muchos a Ártemis; pero algunos dicen que Euclea fue hija de Heracles y Mirtos, hija de Menecio y hermana de Patroclo, que habiendo muerto doncella es tenida en veneración por los Beocios y los Locros, porque su ara y su estatua se ven colocadas en todas las plazas, y le hacen sacrificios las novias y los novios.

XXI Celebróse junta pública y común de todos los Griegos, y escribió Aristides un proyecto de decreto para que cada año concurrieran a Platea legados y prohombres de la Grecia, se celebraran juegos quinquenales en memoria de la libertad, y se hiciera entre los Griegos una contribución para

la guerra contra los bárbaros, de diez mil hombres de infantería, mil de caballería y cien naves, quedando exentos los de Platea, consagrados al dios para hacer sacrificios por la salud de la Grecia. Sancionado este decreto, tomaron a su cargo los Plateenses el hacer exequias cada año por los Griegos que murieron y descansan allí, lo que hasta el día de hoy ejecutan de esta manera: el día 16 del mes Memacterión, que para los Beocios es Alalcomenio, forman una procesión, a la que desde el amanecer precede un trompeta, que toca un aire marcial, yendo en pos carros llenos de ramos de mirto y de coronas, y un toro blanco; llévanse después en ánforas libaciones de vino y leche, y jóvenes libres conducen cántaros de aceite y unguento; porque a ningún esclavo se le permite poner mano en aquel ministerio, a causa de que los varones en cuyo honor se hace la ceremonia murieron por la libertad. Viene, por fin, el Arconte de los Plateenses, y con no serle lícito en ningún otro tiempo tocar el hierro ni usar de vestidura que no sea blanca, entonces se viste túnica de púrpura, y tomando del aparador una ánfora, va hacia los sepulcros, por medio de la ciudad, con espada desenvainada. Llegado al sitio, toma agua de la fuente, hace aspersion sobre las pirámides a columnas, y las ungen con unguento; mata después el toro sobre la hoguera, e invocando a Zeus y a Hermes infernal, convida a los excelentes varones que murieron por la Grecia a gustar de aquel banquete y de aquella sangre; echando luego vino en una taza, y vaciándolo, pronuncia estas palabras: “Sea en honor de los varones que murieron por la libertad de los Griegos” ceremonias con que todavía cumplen el día de hoy los Plateenses.

XXII. Restituidos a la ciudad los Atenienses, observó Aristides que mostraban deseos de restablecer la perfecta democracia, y como, por una parte, considerase a aquel pueblo muy digno de consideración, y por otra, no juzgase fácil el oponérsele, siendo poderoso en armas y hallándose ensoberbecido con sus victorias, escribió decreto para que el gobierno fuese común e igual a todos, y los Arcontes se eligiesen de entre todos los Atenienses. Anunció Temístocles al pueblo que había concebido un proyecto que no podía revelarse, pero sumamente útil y saludable a la ciudad; acordaron, por tanto, que a nadie se dijese, sino a sólo Aristides, y él solo lo aprobase. Reveló, pues, a éste que tenía pensado poner fuego a la armada de los Griegos, porque con esto serían los Atenienses los más poderosos y árbitros de la suerte de los demás; entonces Aristides, presentándose al pueblo, le dio parte de que el proyecto que Temístocles tenía meditado no podía ser ni más útil ni más injusto; oído lo cual resolvieron los Atenienses que Temístocles abandonara su pensamiento: ¡Tan amante era entonces aquel pueblo de la justicia! ¡Y tanta era la confianza y seguridad que le inspiraba un hombre solo!

XXIII. Nombrósele general para la guerra, juntamente con Cimón, y notando que Pausanias y los demás caudillos de los Espartanos eran

orgullosos e inaguantables con los aliados, tratándolos él con blandura y humanidad, y haciendo que Cimón se les mostrara también afable y popular en el mando, no advirtieron los Lacedemonios que iba a arrebatárles la superioridad y el imperio, no a fuerza de armas, de caballos o de naves, sino con la benevolencia y la dulzura, pues que con ser los Atenienses bienquistos a los demás Griegos por la justificación de Aristides y la bondad de Cimón, todavía les hacían desear más su mando la codicia y el mal modo de Pausanias, el cual siempre trataba con desabrimiento y aspereza a los caudillos de los aliados; a los soldados los castigaba con azotes, les echaba encima un ancla de hierro, obligándolos a permanecer en esta disposición todo el día. Nadie debía ir a aprovecharse de ramaje o a tomar agua de la fuente antes que los Espartanos, porque tenía lictores apostados, que a latigazos hacían retirar a los que se acercaban; y queriendo en cierta ocasión Aristides hacerle alguna amonestación y advertencia, arrugando Pausanias el semblante, le respondió que no estaba de vagar, y no le dio oídos. Por tanto, yendo los jefes de armada y los generales de los Griegos, y especialmente los de Quío, de Samo y de Lesbo, en busca de Aristides, le propusieron que tomara el mando y se pusiera al frente de los aliados, que deseaban hacía tiempo salir de las manos de los Espartanos y estar bajo el mando de los Atenienses; y como les respondiese que bien veía la necesidad y justicia que contenía su propuesta, pero que para mayor seguridad se hacía precisa alguna obra que después de ejecutada no dejase a la muchedumbre lugar al arrepentimiento, Ulíades de Samo y Antágoras de Quío, convenidos entre sí con juramento, acometieron cerca de Bizancio a la galera de Pausanias, que les precedía, cogiéndola en medio. Luego que éste lo vio, se puso en pie, y con gran cólera los amenazó de que en breve les haría ver que no se habían insolentado contra su nave, sino contra su propia patria; mas ellos le dieron por contestación que se fuera en paz y agradeciera a la buena suerte que con ellos había tenido en Platea, pues sólo por este miramiento no tornaba de él la conveniente satisfacción; por último, se pasaron a los Atenienses. Mas en esto lo que hay de más admirable es la prudencia que manifestó Esparta; porque luego que advirtió que la grandeza del poder había corrompido a sus generales, se desistieron voluntariamente del mando y de dar generales para la guerra, queriendo más tener ciudadanos modestos y observadores de las costumbres patrias que conservar la superioridad sobre toda la Grecia.

XXIV. Aun en el tiempo en que los Lacedemonios tenían el mando, pagaban los Griegos cierto tributo para la guerra; mas queriendo entonces que la exacción se hiciese por ciudades, con igualdad, pidieron a los Atenienses que Aristides fuese el encargado de examinar la extensión del territorio y las rentas de cada uno, y determinase lo que, según su dignidad y posibilidad, le correspondiera pagar. Dueño, pues, de tan considerable autoridad, y teniendo en cierta manera él solo en su mano los intereses de la

Grecia, si pobre salió a ejercer este cargo, volvió más pobre todavía, habiendo hecho la determinación de las riquezas, no sólo con pureza y justicia, sino a la satisfacción y gusto de todos. Por tanto, así como los antiguos celebraban la vida del reinado de Cronos, de la misma manera los Griegos tenían en memoria y loor el repartimiento de Aristides, y más cuando, al cabo de poco tiempo, se les duplicó y triplicó el tributo; porque el que les impuso Aristides sólo ascendía a la suma de cuatrocientos y sesenta talentos, y a ella añadió Pericles muy cerca de un tercio; pues dice Tucídides que al principio de la guerra del Peloponeso percibían los Atenienses, de los aliados, seiscientos talentos. Muerto Pericles, los demagogos fueron extendiendo poco a poco esta cantidad hasta la suma de mil y trescientos talentos, no tanto porque la duración y los varios sucesos de la guerra ocasionaban crecidos gastos, como porque metieron al pueblo en hacer distribuciones en dinero, en dar para los espectáculos y en acumular estatuas y edificar templos. Siendo, pues, grande y admirable la fama de Aristides por el repartimiento de los tributos, se cuenta de Temístocles que se burlaba de ella, diciendo que semejante alabanza, más que de un hombre, era propia de un talego de guardar dinero; vengándose de este modo, aunque por diferente término, de cierta picante respuesta de Aristides, porque diciendo en una ocasión Temístocles que la dote mayor de un general era el prevenir y antever los designios de los enemigos, le contestó: “Bien es necesario esto ¡oh Temístocles!; pero lo más esencial y más loable en el que manda es poner ley a las manos”.

XXV. Sujetó Aristides con juramento a los demás Griegos, y él mismo juró por los Atenienses, apagando hierros candentes en el mar en seguida de las imprecaciones; mas al fin, obligando el estado de los negocios, según parece, a mandar con mayor rigor, propuso a los Atenienses que cargaran sobre él el perjurio y consultaran en las cosas públicas a la utilidad. Y Teofrasto, hablando con generalidad, dice que este hombre, que como particular y para con sus conciudadanos era estrechísimamente justo, en los negocios públicos se acomodó muchas veces a la situación de la patria, que le precisó a más de una injusticia; porque tratándose, a propuesta de los de Samo, de traer a Atenas las riquezas de Delo, contra lo estipulado en los tratados, se dice haber expresado Aristides que ello no era justo, pero que convenía. Mas, por fin, con haber alcanzado que Atenas imperase sobre tantos pueblos, no por eso dejó de ser pobre y de honrarse tanto con la gloria de su pobreza como con la de sus trofeos; y la prueba es ésta: Calias el daduco era pariente suyo; seguíanle sus enemigos causa capital, y después que hablaron lo que era propio sobre los objetos de la acusación, saliéndose fuera de ella, dirigieron la palabra a los jueces para tratar de Aristides, diciéndoles: “Ya conocéis a este hijo de Lisímaco y cuán grande opinión goza entre los Griegos; pues ¿cómo pensáis que lo pasará en su casa, cuando veis que con aquella túnica se presenta en el tribunal? Porque

¿no es indispensable que el que en público tiene que tiritar de frío, en su casa esté miserable y falto aun de las cosas más precisas? Pues Calias, el más rico de los Atenenses, con ser su primo, no hace caso ninguno de un hombre como éste, abandonándole en la miseria, con mujer e hijos, sin embargo de que no ha dejado de valerse de él y que más de una vez ha disfrutado de su influjo”. Vio Calias que esta especie había hecho grande impresión sobre los jueces y los había indispuerto contra él, por lo que pidió se le llamase a Aristides para que testificara ante los jueces que, habiéndole ofrecido dinero repetidas veces y rogándole lo aceptara, nunca había condescendido, respondiendo que más ufano debía de estar él con su pobreza que Callas con todos sus haberes; porque cada día se estaba viendo a muchos usar, unos bien y otros mal, de las riquezas, cuando no era fácil encontrar quien llevara la pobreza con ánimo alegre; y que de la pobreza se avergonzaban los que no estaban bien con ser pobres. Con- vino Aristides en que Calias decía bien, y no salió de allí ninguno que no quisiera más ser pobre como Aristides que rico como Callas. Así nos lo dejó escrito Esquines, el discípulo de Sócrates. Platón, teniendo por grandes y dignos de nombradía a muchos Atenenses, dice que sólo éste es digno de memoria, porque Temístocles, Cimón y Pericles llenaron la ciudad de pórticos, de riquezas y de muchas superfluidades, y sólo Aristides la inclinó con su gobierno a la virtud. Aun con el mismo Temístocles dio grandes muestras de su equidad y moderación, porque con haberle tenido por enemigo en todo el tiempo de su gobierno, hasta ser desterrado por él, cuando Temístocles le dio ocasión de desquitarse, puesto en juicio ante el pueblo, nada hizo en su daño, sino que persiguiéndolo y acusándolo Alcmeón, Cimón y otros muchos, sólo Aristides no hizo ni dijo cosa que le fuese contraria, ni se holgó de ver en la desgracia a su enemigo, así como antes no le había envidiado su dicha.

XXVI En cuanto al lugar donde murió Aristides unos dicen que fue en el Ponto, adonde había ido a desempeñar negocios de la república; otros dicen que en Atenas, de vejez, honrado y admirado de sus conciudadanos; y Crátero de Macedonia hizo de esta manera la relación de su fallecimiento. “Porque después del destierro de Temístocles- dice-, estando el pueblo lleno de orgullo, se levantó un tropel de calumniadores que, persiguiendo a los hombres de más probidad y poder, los expusieron a la envidia y encono de la muchedumbre, a la que habían engraido, como se deja dicho, los buenos sucesos y la extensión de su imperio; y que entre éstos hicieron condenar a Aristides por soborno, acusándole Dioranto, de la tribu Anfítrope, de haber recibido presentes de los Jonios cuando tuvo el encargo de repartir las contribuciones; y como no tuviese con qué pagar la multa, que era de cincuenta minas, se retiró por mar a la Jonia, y allí murió”. Mas de ninguna de estas cosas produce prueba alguna Crátero, ni el tanto de la acusación, ni el decreto, siendo así que suele ser muy puntual en dar razón

de estas cosas, citando a los que antes de él las refirieron. De todos los demás, para decirlo de una vez, que pusieron su atención en describir los malos tratamientos del pueblo para con sus generales, refieren, sí, y ponderan el destierro de Temístocles, la prisión de Milcíades, la multa de Pericles, la muerte de Paques en el tribunal, dándosela él mismo en la tribuna, cuando vio que se daba sentencia contra él, y otras muchas cosas a este tenor; pero respecto a Aristides, aunque no omiten su destierro por el ostracismo, ninguna memoria hacen de esta otra condenación.

XXVII. Lo cierto es que se muestra en Falera su sepulcro, labrado de orden de la ciudad, porque ni siquiera dejó con qué enterrarse. Dícese que las hijas salieron del Pritaneo para ser entregadas a sus maridos, habiéndose costado de los fondos públicos los gastos de la boda, y dándose por decreto en dote a cada una tres mil dracmas. A su hijo Lisímaco dio asimismo el pueblo cien minas de plata y otras tantas yugadas de tierra plantada de árboles, y además otras cuatro dracmas al día, habiendo sido Alcibíades quien presentó el proyecto. Aun más todavía: como Lisímaco hubiese dejado a una hija llamada Polícrita, le señaló a ésta el pueblo, según dice Calístenes, la misma ración que a los vencedores de Olimpia; y Demetrio Falereo, Jerónimo Rodio, Aristodemo el músico y Aristóteles, si es que el libro De la nobleza se ha de colocar entre los genuinos de este filósofo, refieren que con Mirto, nieta de Aristides, se casó el sabio Sócrates, pues, aunque tenía otra mujer, recogió en su casa a ésta, por verla viuda y falta de todo medio de subsistir, mas estas especies las contradijo convenientemente Panecio en sus libros acerca de Sócrates. Demetrio Falereo, en su Sócrates, dice que se acuerda de un nieto de Aristides, sumamente pobre, llamado Lisímaco, que, sentado junto al Yaqueo, se mantenía de decir la buenaventura con cierta tabla adivinatoria, y que formando él mismo el proyecto de decreto, obtuvo que el pueblo señalara a la madre de éste y a una hermana de ella tres óbolos por día; y añade el propio Demetrio que, siendo nomoteta, mandó que se extendiera a una dracma el donativo de estas mujeres. Ni es extraño que así cuidara este pueblo de personas que estaban dentro de la ciudad, cuando habiendo sabido que en Lemno se hallaba una nieta de Aristogitón, y que no se había casado por su pobreza, la hizo traer a Atenas, y casándola con uno de los más ilustres, le dio en dote una porción de terreno a la parte del río: y aun en nuestros días se hace admirar este mismo pueblo por su humanidad y beneficencia con repetidos ejemplares dignos de imitación.

Catón

de Plutarco

I. Dícese que Marco Catón fue por su linaje oriundo de Túsculo, y que residió y vivió, antes de tener parte en el gobierno, en campos propios de su

familia en la región sabina. No obstante tenerse la idea de que sus progenitores fueron desconocidos, el mismo Catón alaba a su padre como hombre de valor y ejercitado en la milicia, y refiere de su bisabuelo que muchas veces alcanzó el prez del valor, y que, habiendo perdido en diferentes batallas cinco caballos ejercitados en la guerra, fue del pueblo honrado por su valor y fortaleza. Acostumbraban los Romanos a dar la denominación de hombres nuevos a los que no tenían fama por su linaje, sino que eran ellos mismos los que empezaban a darse a conocer; y como llamaban también nuevo a Catón, decía él que bien era nuevo para el mando y para al gloria; pero que por las obras y virtudes de sus antepasados era bien antiguo. Al principio no tuvo por tercer nombre el de Catón, sino el de Prisco; pero luego por aquella dote en que sobresalía obtuvo el apellido de Catón, porque llaman Catón los Romanos al hombre precavido. Era en su figura rubio y de ojos azules, como lo dio a entender, no mostrándosele muy aficionado, el que hizo este epigrama: A ese rubio, mordaz, de ojos azules, a Porcio, aun muerto, estoy que en el infierno no le ha de recibir la hija de Ceres. La constitución de su cuerpo con el ejercicio, con la parsimonia y con acostumbrarse en el ejército desde el principio a portarse como soldado, se hizo muy robusta, habiendo adquirido a un tiempo fuerza y buena salud. Cultivó también la facultad de decir, como otro segundo cuerpo, y como un instrumento no solamente útil, sino necesario, para quien no quería vivir oscuro y en inacción; ejercitó la, pues, en las alquerías y pueblos inmediatos, prestándose a defender en los juicios a los que se lo rogaban: al principio se echó de ver que era un defensor fogoso; pero luego se acreditó además de orador vehemente, descubriendo en él los que se valían de sus talentos una gravedad y juicio que eran propios para los grandes negocios y para el mando político. Porque no sólo se conservó puro en cuanto a recibir salario por sus dictámenes y defensas, sino que aun desdeñaba la gloria que de esta clase de contiendas podría resultarle. Deseando, pues, señalarse principalmente en los combates contra los enemigos y en acciones de guerra, siendo todavía joven tuvo ya su cuerpo cubierto de heridas, recibidas de frente; diciendo él mismo que a los diez y siete años hizo su primera campaña, al tiempo que Aníbal victorioso puso en combustión toda la Italia. En las batallas mostróse de mano pronta para acuchillar, de pies firmes e inmóviles y de semblante fiero, y aun acostumbraba a usar de amenazas y de gritos penetrantes contra los enemigos, creyendo él mismo y enseñando a los demás que estas cosas suelen contribuir más que el mismo acero para atemorizar a los contrarios. En las marchas caminaba a pie, llevando sus armas; sólo le seguía un sirviente, que llevaba lo que habían de comer; con el cual no se incomodó nunca, ni le riñó por el modo de disponerle la comida o la cena, sino que a veces echaba también mano y le ayudaba en estos ministerios después de fenecidos los de la milicia. En el ejército no bebía sino agua, o a lo más,

cuando tenía una sed muy ardiente, pedía vinagre, y si se sentía desfallecido tomaba un poco de vino.

II. Estaba a corta distancia de sus posesiones la casa de campo en que residía Marcio Curio, el que había triunfado tres veces. Iba frecuentemente a ella, y viendo lo reducido del terreno y la sencillez de toda su casa, no pudo menos de meditar sobre la conducta de un varón tan singular, que, con ser el más excelente entre los Romanos, con haber sojuzgado los pueblos más belicosos y haber arrojado a Pirro de Italia, él mismo labraba aquel campo y vivía en aquella casita después de tres triunfos. Allí mismo le hallaron sentado al fuego, cociendo unos rábanos, los embajadores de los Samnites, y le ofrecieron cantidad de oro; mas él los despidió, diciendo que estaba de sobra el oro para quien se contentaba con aquella comida, y que para él era más apreciable que tener oro el vencer a los que lo tenían.

Catón, al retirarse de allí, reflexionaba sobre estas cosas, y volviendo la consideración a su propia casa, sus campos, sus esclavos y su gasto, se aplicó más al trabajo y cercenó superfluidades. Tomó Fabio Máximo la ciudad de los Tarentinos, y en aquella empresa se halló Catón, militando bajo sus órdenes, cuando todavía era muy joven. Cúpole por huésped un pitagórico llamado Nearco y procuró instruirse en sus dogmas; y como escuchase de su boca las mismas máximas de que también hacía uso Platón, llamando al deleite el mayor cebo para el mal, al cuerpo el primer tormento del alma, y remedio y purificación a aquellas reflexiones en virtud de las cuales el alma se separa y aparta cuanto le es posible de los afectos del cuerpo, todavía se apasionó más de la sencillez y de la templanza. Por lo demás, se dice haber aprendido tarde las letras griegas, y que habiendo tomado en las manos los libros griegos cuando ya estaba muy entrado en edad, Tucídides le fue de alguna utilidad para la elocuencia, para la que sobre todo le aprovechó Demóstenes. Sus escritos los exornó oportunamente con máximas e historias griegas, y en sus apotegmas y sus sentencias se encuentran muchas cosas traducidas del griego a la letra.

III. Vivía a la sazón un hombre de entre los más linajudos en Roma y muy poderoso, gran conocedor de la virtud nativa, y muy dispuesto a alimentarla y a inflamarla a la gloria, llamado Valerio Flaco. Tenía campos linderos a los de Catón; y enterado de la actividad y orden doméstico de éste por medio de sus esclavos, los cuales le referían que de madrugada iba a la plaza, se surtía de lo que había menester, y vuelto al campo, si era invierno, poniéndose una especie de anguarina, y horro de ropa, si era verano, trabajaba con sus esclavos, sentándose a comer con ellos del mismo pan, y bebiendo del mismo vino; admirado en gran manera así de esto como de oírles hablar de su moderación, de su modestia y de algunos dichos sentenciosos suyos, dio orden para que le convidaran a cenar a su casa. Desde entonces le trató familiarmente; y observando que era de carácter suave y urbano, que a manera de planta sólo pedía otro cultivo y otro aire

más libre y abierto, lo inclinó y persuadió a que, trasladándose a Roma, tomara parte en el gobierno. Traslado a aquella capital, en breve con la defensa de las causas se adquirió admiradores y amigos; y como Valerio le proporcionase además grande opinión y poder, alcanzó que primero le nombrasen tribuno, y después, cuestor. Logró ya entonces ser más señalado y conocido, y aspiró con el mismo Valerio a las primeras magistraturas, habiendo sido con éste cónsul, y después, censor. Procuró también arrimarse a Fabio Máximo por su grande fama y su grande autoridad; pero más principalmente porque se proponía la conducta y método de vida de éste como el mejor modelo y ejemplar; y aun por lo mismo no pudo menos de ponerse en oposición con Escipión el mayor, que, no obstante ser joven todavía, hacía contrarresto a Fabio, y como que se le mostraba envidioso. Hubo también otro motivo, y fue que yendo de cuestor con Escipión a la guerra de África, como advirtiese que éste usaba de su acostumbrada profusión y permitía que en el ejército se gastara sin medida, le habló francamente, diciéndole que lo de menos era el gasto, y el mal principalmente estaba en que estragase la antigua frugalidad del soldado, acostumbrándole para en adelante al regalo y a los deleites; y como Escipión le contestase que no necesitaba un cuestor tan severo, cuando ponía toda la atención en desempeñar cumplidamente su deber con respecto a la guerra, porque de lo que había de dar cuenta a la ciudad era de sus acciones y no del dinero, se retiró de Sicilia. Hablaba frecuentemente en el Senado con Fabio de la inmensa cantidad de dinero que gastaba Escipión, y desacreditaba en los circos y en los teatros su porte fastuoso, como si hubiera ido a celebrar fiestas y no a mandar un ejército; tanto, que obligó a que se enviaran cerca de éste tribunos de la plebe para que le hicieran venir a Roma, si estas acusaciones eran ciertas. Mas Escipión, habiendo hecho ver que la victoria estaba en los preparativos de la guerra, y convencido a los tribunos de que si usaba de humanidad y condescendencia, en los gastos esto en nada perjudicaba a la diligencia y a las demás grandes prendas militares, partió de Sicilia para la guerra.

IV. Aunque era grande el poder que Catón se había con su elocuencia granjeado, tanto, que generalmente se le apellidaba Demóstenes Romano, era todavía mayor la fama y celebridad que le daba su particular método de vida. Porque su destreza en el decir fue desde luego para los jóvenes un ejemplar común y de gran solicitud; pero el conservar la frugalidad antigua, contentarse con cenas sencillas, comidas fiambres, vestidos lisos y una casa como las del común de ciudadanos, y hacerse admirar más por no necesitar de superfluidades que por poseerlas, era ya muy raro en un tiempo en que la autoridad no se conservaba pura por su misma grandeza, sino que, con tener superioridad sobre muchos negocios y muchos hombres, había dado entrada a diversas costumbres, y se veían ejemplos de portes y medios de vivir muy diferentes. Con razón, pues, miraban todos a Catón como un

prodigio al ver que los demás, debilitados por los placeres, no eran para aguantar ningún trabajo, y que éste en ambas cosas se conservaba invicto, no sólo de joven y cuando aspiraba a los honores, sino anciano ya y canoso después del consulado y triunfo, como un atleta constantemente vencedor que se mantiene siempre igual en la lucha hasta la muerte. Porque se dice que nunca llevó vestido que valiese más de cien dracmas; que de general y de cónsul bebió siempre del mismo vino que de sus trabajadores; que las provisiones para la comida las tomó siempre de la plaza sin gastar más de treinta cuartos, y esto por causa de la república, a fin de robustecer el cuerpo para la guerra. Habiéndole tocado de botín un paño babilonio, al punto lo vendió; jamás, tuvo casa ninguna de campo revocada de cal, ni compró nunca esclavo que le costase arriba de mil y quinientas dracmas, como que no los buscaba delicados o de hermosa presencia, sino trabajadores y robustos, propios para ser gañanes y vaqueros; y aun de éstos, cuando ya eran viejos, opinaba que era preciso deshacerse para no mantener gente inútil. En una palabra: era de dictamen que no debía tenerse nada superfluo; y que aun en un cuarto es caro aquello que no se necesita. Y en cuanto a los campos, quería poseerlos de labor y pasto, no vergeles o jardines.

V. Atribuían algunos a mezquindad esta tan rigurosa economía; pero otros veían en ella el esmero y la rígida templanza de un hombre que se estrechaba y reprimía a sí mismo para corregir y moderar a los demás. Solamente aquello de valerse de los esclavos como de acémilas y deshacerse luego de ellos y venderlos a la vejez, para mí no puede ser sino de un hombre cruel, que no se cree enlazado a otro hombre sino con el vínculo de la utilidad. Pues en verdad que la humanidad y la dulzura tienen todavía más latitud que la justicia, pues de la ley y de la justicia sólo podemos usar con los otros hombres, pero la beneficencia y la gratitud se emplean aun con los animales irracionales, dimanando de la bondad como de una fuente copiosa, porque es propio del hombre de probidad no dejar sin alimento al caballo desfallecido ya por los años y el mantener y cuidar los perros, no sólo de cachorritos, sino aun cuando se han hecho viejos. El pueblo de Atenas, cuando se construyó el Hecatómpedo, a cuantas acémilas llegó a entender haber concurrido constantemente a los trabajos de la obra, a todas las echó a pacer libres y sueltas; y aun se refiere de una de ellas que por sí misma se bajaba al lugar de la obra, y agregándose a las yuntas que subían los carros al alcázar las ayudaba yendo delante, como si las animara y alentara, por lo que se decretó que hasta que muriese se proveyera de los fondos públicos para su manutención. Los sepulcros de las yeguas con que Cimón venció tres veces en Olimpia están inmediatos a los monumentos que a éste se erigieron. Muchos cuidaron de sepultar a los perros que se les habían hecho como comensales y amigos, y entre ellos Jantipo el mayor, al perro que nadando junto a su galera le siguió a Salamina, cuando el pueblo

abandonó la ciudad, lo hizo sepultar en un promontorio, que todavía se llama la sepultura del perro. En efecto, no hemos de usar de cosas que tienen vida y alma como de los zapatos o de los muebles, echándolos a un rincón cuando ya están rotos y gastados, sino que es razón que en cuanto a aquellas nos mostremos cuidadosos y benignos, aunque no sea más que por excitar a la humanidad. Por tanto, yo ni siquiera a un buey de labor lo vendería por viejo, mucho menos a un hombre anciano, desterrándolo como de su patria de una tierra y de una mansión a que estaba ya habituado, en cambio de una friolera que podrían dar por él, pues que siendo inútil al que lo vendía lo sería también al comprador. En cambio, Catón parece hacía gala de estas cosas y él mismo dice haberse dejado en España el caballo que siendo cónsul le sirvió en la guerra, por no poner en cuenta a la república el gasto de su flete. Cada uno, pues, juzgará dentro de sí, según su modo de ver, si cosas llevadas tan al extremo se han de atribuir a magnanimidad o a sórdida codicia.

VI Por lo demás, su moderación fue verdaderamente maravillosa, pues siendo general, no tomó para sí y sus asistentes más que tres medimnas de trigo al mes, y de cebada al día para las bestias todavía menos de tres medias. Cúpole en suerte la provincia de Cerdeña, y habiendo sido costumbre de los pretores que le precedieron tomar del público los muebles, las camas y las ropas, gravando a los habitantes con precisarles a mantener numerosa servidumbre y grande acompañamiento de amigos para los banquetes, hizo advertir en esto una increíble diferencia, no permitiendo jamás que de los fondos públicos se hiciera gasto alguno. Hizo la visita de las ciudades a pie, seguido tan sólo de un ministro público, que llevaba su ropa y el vaso que le servía en las sagradas libaciones. Sin embargo, a este desprendimiento y ahorro usado con los que estaban bajo su mando acompañaba una suma circunspección y gravedad, siendo inexorable en lo justo y recto y severo en hacer cumplir las órdenes que daba; de manera que nunca el mando de los Romanos les fue a aquellos naturales ni más temible ni más grato.

VII. Por este mismo término parece que era también el lenguaje de este hombre singular, porque era gracioso y vehemente, dulce y penetrante, adornado y grave, sentencioso y polémico; al modo que Platón pinta a Sócrates, al parecer hombre vulgar, satírico y acre para los que por primera vez le trataban, pero por dentro lleno de solicitud y pensamientos útiles, que arrancaban lágrimas a los oyentes y convertían su corazón: de manera que no sé en qué pudieron fundarse los que dijeron que el estilo de Catón era parecido al de Lisias; pero de esto juzgarán los que se hallen más en estado de conocer la lengua romana; por lo que a mí hace, me contentaré con referir algunas de sus máximas; estando como estoy en la opinión de que más se ven en ellas, que no en el rostro, las costumbres de cada uno.

VIII. Propúsose en una ocasión retraer al pueblo romano al intento a que le veía decidido de que se hiciera distribución y repartimiento de trigo, y para ello empezó su discurso de esta manera: “Ardua cosa es ¡oh ciudadanos! quererse hacer entender del vientre, que no tiene oídos”. Censuraba otra vez el lujo, y dijo que era muy difícil se salvase una ciudad en la que se vendía más caro un pescado que un buey. Comparaba los Romanos a las ovejas, porque decía que a éstas una a una se las lleva muy mal, y juntas siguen fácilmente unas tras otras a los conductores. “Y de la misma manera vosotros- añadió-, de hombres de quienes cada uno en particular no se valdría para tomar consejo, sois seducidos y atraídos cuando os veis juntos y congregados en uno”. Hablando del poder e influjo que las mujeres tenían, “los demás hombres- dijo- mandan a las mujeres; pero nosotros a todos los hombres, y las mujeres a nosotros”; lo que viene a ser uno de los apotegmas que se cuentan de Temístocles, porque éste, como recabase de él muchas cosas su hijo por medio de la madre, “mira, mujerle dijo-, los Atenienses mandan a los Griegos; yo, a los Atenienses; tú, a mí, y a ti, el hijo; por tanto, vete a la mano en tu autoridad, por la que aquel, con no tener el mayor juicio, manda sobre todos los Griegos”. Decía que el pueblo romano no sólo ponía precio a la púrpura, sino también a las ocupaciones; porque así como los tintoreros tiñen más ropas de aquel color que ven estar más en moda, del mismo modo los jóvenes a aquello se aplican y dedican más que ven en mayor estimación y alabanza. Exhortábalos a que si se habían hecho grandes con la virtud y la moderación, no empezaran a usar de peores medios, y a que si se habían engrandecido con la destemplanza y la maldad, se convirtieran a lo mejor, pues ya con aquellas se habían hecho bastante grandes. De los que solicitaban repetidas veces las magistraturas decía que, como si no supieran el camino, buscaban el ir siempre con lictores para no perderse. Reprendía a los ciudadanos de que eligiesen muchas veces los mismos magistrados; “porque dais a entender- decía- que no tenéis en mucho la autoridad, o que creéis ser pocos los que son dignos de ella”. Pareciéndole que uno de sus enemigos llevaba una vida torpe e ignominiosa, la madre de éste- dijo- no hace la debida plegaria a los Dioses, si les pide que le sobreviva”. Mostrando a uno que había vendido ciertos campos hereditarios, situados en la playa, decía, fingiendo admirarle, que le juzgaba “de más poder que el mar, pues lo que el mar no hacía más que tocar suavemente, él se lo había sorbido”. Cuando el rey Éumenes estuvo de paso en Roma, el Senado le hizo un magnifico recibimiento, y fue grande la concurrencia y obsequio de los principales; pero en Catón se echaba bien de ver que no hacía ningún caso de él, y antes se apartaba; y como hubiese quien le dijera que era hombre bueno y apasionado de los Romanos: “En buena hora- dijo-; pero este animal llamado rey es carnívoro por naturaleza, y ninguno de los reyes más celebrados puede ser comparado con Epaminondas, con Pericles, con

Temístocles, con Manio Curio o con Amílcar, por sobrenombre Barca”. Decía ser de sus enemigos tachado porque se levantaba de noche para ocuparse en los negocios públicos, abandonando los suyos propios; pero que más quería que obrando bien le faltase el agradecimiento, que evitar el castigo si en algo faltase; y que fácilmente perdonaba todos los yerros, a excepción de los suyos.

IX. Habiendo elegido los Romanos para la Bitinia tres embajadores, de los cuales el uno padecía de gota, al otro se le había hecho en la cabeza la operación del trépano, y el tercero era tenido por no muy avisado, sonrióse Catón, y dijo que los Romanos mandaban una embajada que no tenía ni pies ni cabeza ni corazón. Hablóle Escipión por medio de Polibio de los desterrados de la Acaya; y como en el Senado se gastase mucho tiempo concediéndoles unos la vuelta y resistiéndola otros, se levantó Catón, y “como si no tuviéramos otra cosa que hacer-les dijo-, nos estamos aquí sentados todo el día, ocupados en examinar si unos cuantos Griegos ya ancianos han de ser llevados a enterrar por nuestros sepultureros o por los de Acaya”. Concedióseles la vuelta; y dejando Polibio pasar unos cuantos días, intentó presentarse otra vez en el Senado, con el objeto de que los desterrados recobraran los honores que antes tenían en la Acaya, para lo que procuraba tantear el modo de pensar de Catón; y éste, echándose a reír, dijo que Polibio no era como Ulises, pues quería entrar otra vez en la cueva del Cíclope, por haberse dejado allí olvidados el gorro y el ceñidor. Decía que los necios eran de más provecho a los prudentes que éstos a aquellos; porque los prudentes procuraban evitar las faltas de los necios, mientras que con los aciertos de aquellos nunca éstos se corregían. De los jóvenes decía que le gustaban los que se ponían colorados, no los que se ponían pálidos, y que de los militares no quería a los que en la marcha movían las manos y en la pelea los pies, ni a los que roncaban más alto de lo que gritaban contra los enemigos. Para afrentar a un hombre gordo decía: “¿Cómo puede ser de provecho a la república un cuerpo en el que desde la garganta a la cintura todo es vientre?” Descartándose de un voluptuoso que quería ganar su amistad, “no puede ser-decía-que yo viva con un hombre más sensible de paladar que de corazón”. Decía que el alma del amante vivía en un cuerpo ajeno: y que en toda su vida, de tres cosas solamente había tenido que arrepentirse: primera, de haber confiado un secreto a su mujer; segunda, de haberse embarcado para un viaje que pudiera haber hecho por tierra, y tercera, de haber pasado un día sin hacer nada. A un viejo maligno, “hombre- le dijo-, cuando la vejez trae consigo tantas cosas desagradables, no le añadas la afrenta de la perversidad”. A un tribuno a quien se atribuía un envenenamiento, y que había propuesto una ley perjudicial, empeñado en hacerla pasar: “Joven- le dijo-, no sé qué sería peor: si beber lo que preparas o sancionar lo que escribes”. Denostándole un hombre notado de mala conducta: “No puede sostenerse- le dijo- una

contienda como ésta entre nosotros dos, porque tú oyes los oprobios con serenidad, y los dices sin reparo, mientras cuanto a mí se me resiste el decirlos, y no estoy acostumbrado a aguantarlos!” Por este término venían a ser sus apotegmas.

X. Designado cónsul con Valerio Flaco, su amigo y deudo, le tocó por suerte la provincia que llaman los Romanos España Citerior. Mientras allí vencía a unos pueblos con las armas y atraía a otros con la persuasión vino contra él un ejército de bárbaros tan numeroso: que corrió peligro de ser vergonzosamente atropellado; por lo cual imploró el auxilio de los Celtíberos, que estaban cercanos. Pidiéronle éstos por precio de su alianza doscientos talentos, y teniendo todos los demás por cosa intolerable que los Romanos se reconocieran obligados a pagar a los bárbaros aquel precio de su auxilio, les replicó Catón que nada había en ello de malo, pues si vencían, serían los enemigos quienes lo pagasen, y si eran vencidos, no existirían ni los que lo habían de pagar ni los que lo habían de pedir. Salió por fin vencedor en batalla campal, y todo le sucedió prósperamente: diciendo Polibio que a su orden todas las ciudades de la parte de acá del río Betis en un mismo día demolieron sus murallas, no obstante ser en gran número y estar pobladas de hombres guerreros. El mismo Catón dice haber sido más las ciudades que tomó que los días que estuvo en España; y no es una exageración suya si es cierto que llegaron a trescientas. Fue mucho lo que los soldados ganaron en aquella expedición, y, sin embargo, repartió además a cada uno una libra de plata, diciendo que era mejor volviesen muchos con plata que pocos con oro; pero de tanto como se cogió dice no haber tomado para sí más que lo necesario para comer y beber. “No es esto que yo acuse- decía- a los que procuran aprovecharse de estas cosas, sino que quiero más contender en virtud con los buenos que en riqueza como los más ricos, o en codicia con los más acaudalados.” Ni solamente él mismo se conservó puro, sin haber tomado nada, sino que hizo se conservaran también puros los que tenla consigo en aquella expedición, que no eran más que cinco esclavos. Uno de éstos, llamado Paccio, compró de entre los cautivos tres mozuelos, y habiéndolo llegado a entender Catón, mandó que lo ahogasen antes que se pusiese delante, y vendiendo los tres mozuelos, hizo poner el precio en el erario.

XI Permanecía todavía en España cuando Escipión el mayor, que era su rival y quería poner término a sus glorias, se propuso pasar a encargarse de las cosas de España, e hizo que se le nombrara sucesor de Catón.

Apresuróse a llegar pronto, para que tuviera cuanto antes fin el mando de éste; el cual, tomando para salir a recibirle a cinco cohortes de infantería y quinientos caballos, derrotó a los Lacetanos, y entregado de seiscientos trásfugas que había entre ellos, los pasó a cuchillo. Llevólo Escipión a mal, y contestó Catón con ironía que así era como Roma sería mayor, si los hombres grandes e ilustres no daban lugar a que los oscuros entraran a la

parte con ellos en lo sumo de la virtud, y si los plebeyos, como él, se empeñaban en competir en virtud con los que les aventajaban en gloria y en linaje. Con todo, habiendo decretado el Senado que nada se mudara o alterara de lo dispuesto por Catón, se le pasó en blanco a Escipión su mando en la inacción y el ocio, más bien con mengua de su gloria que de la de aquel. Después de haber triunfado, no hizo lo que suelen la mayor parte de los hombres que, no aspirando a la virtud, sino a la gloria, luego que han subido a los supremos honores y que han conseguido los consulados y los triunfos, se proponen pasar el resto de su vida en el placer y el descanso, dando de mano a los negocios públicos; ni como éstos relajó o aflojó en nada su virtud, sino que, al modo de los que empiezan a tomar parte en el go- bierno, sedientos de honor y de fama, como si de nuevo comenzara estuvo pronto a que los amigos y los ciudadanos se valieran de él, sin excusarse de las defensas de las causas ni de la milicia.

XII. Acompañó de legado en la administración de la provincia a Tiberio Sempronio, procónsul de la Tracia y del Danubio, y fue a Grecia de tribuno de legión con Manio Acilio contra Antíoco el Grande, que inspiró miedo a los Romanos, después de Aníbal, más que otro alguno; porque habiendo ocupado desde luego casi toda el Asia en la extensión en que la había dominado Seleuco Nicátor, y sujetado a muchas naciones bárbaras, había resuelto acometer a los Romanos, como los únicos que podían ser sus dignos enemigos. Buscó para la guerra un motivo plausible, que fue el de libertar a los Griegos, sin embargo de que no lo habían menester, porque hacía poco habían sido hechos libres e independientes del poder de Filipo y de los Macedonios por beneficio de los Romanos; con este objeto marchó allá con un ejército, con lo que se conmovió al punto la Grecia y quedó como en suspensión, excitada a grandes esperanzas por los demagogos. Envió, pues, Manio mensajeros a las diferentes ciudades, y a la mayor parte de los perturbadores los aquietó y sosegó Tito Flaminio sin la menor disensión, como lo decimos en su vida; Catón apaciguó también a los de Corinto, de Patras y de Egio; pero donde se detuvo por más tiempo fue en Atenas. Dícese que corre un discurso que en griego hizo a aquel pueblo, manifestándole su veneración a la virtud de los antiguos Atenienses, y el placer que había tenido en haber visto aquella ciudad, célebre por su hermosura y su grandeza; mas esto no es cierto, pues habló a los Atenienses por medio de intérprete, no obstante que podía haberlo hecho por sí; sólo que quiso acomodarse a las costumbres patrias, y zaherir a los necios admiradores de las cosas griegas. Así es que a Postumio Albino, que escribió en griego una historia y pidió se le disculpase, lo satirizó diciendo que se le concedería la disculpa si para emprender aquella obra hubiera sido obligado por un decreto de los Anfictiones, Se conserva en memoria que los Atenienses se maravillaron de su prontitud y de la concisión de su lenguaje; porque lo que él decía brevemente no lo traducía el intérprete

sino con pesadez, y empleando muchas palabras; y que, en fin, les había parecido que a los Griegos les salían las voces de los labios y a los Romanos del corazón.

XIII. Cerró Antíoco las gargantas de las Termópilas con su ejército, y a las naturales defensas del sitio añadió fosos y trincheras, pensando que así tenía cercada a su arbitrio la guerra; y en verdad que los Romanos desconfiaron de poder romper por el frente; pero, resolviendo Catón en su ánimo aquellos atrincheramientos y aquel cerco, marchó por la noche a hacer un reconocimiento, llevando consigo una parte del ejército. Llegado a la cumbre, como el guía, que era un esclavo, desconociese el camino, se vio perdido en aquellas asperezas y derrumbaderos, causando esto en los soldados gran miedo y desaliento. Advirtiéndolo, pues, el peligro, mandó a todos los demás que no se movieran y aguardaran allí, y tomando consigo a Lucio Manlio, hombre hecho a caminar por las montañas, discurrió con gran fatiga y riesgo en una noche oscura y ya adelantada por entre acebuches y peñascos, dando rodeos y sin saber dónde ponía el pie, hasta que, llegando a un camino abierto, que se dirigía hacia abajo, y les pareció iría al campamento de los enemigos, pusieron señales en unas eminencias muy altas, que descollaban sobre el Calídromo. Retrocedieron desde aquel punto, reuniéronse con las tropas, y encaminándose a las señales, puestos otra vez en el camino, comenzaron a marchar con seguridad; pero a poco que anduvieron les faltó la senda, encontrándose con un barranco, por lo que les sobrevino otra vez la incertidumbre y el miedo, no sabiendo ni advirtiéndolo que ya se habían puesto muy cerca de los enemigos. Clareaba el día cuando les pareció que oían cierto murmullo, y de repente vieron un campamento griego y la guardia puesta al pie de la roca. Haciendo, pues, allí alto Catón con sus tropas, dio orden de que se le presentasen solos los Firmanios, que eran los que siempre se le habían mostrado más fieles y dispuestos. Cómo acudiesen éstos al punto y le cercasen en tropel, “deseo-les dijo- que se coja vivo a uno de los enemigos y se sepa de él qué guardia es aquella, cuál su número y cuál el orden, formación y disposición en que nos aguardan. Este rebato debe ser obra de prontitud y arrojo, que es en el que confiados los leones se lanzan sin armas sobre los otros tímidos animales”. Dicho esto, partieron de allí con celeridad los Firmanios del modo que se hallaban, y corriendo por aquellos montes se dirigieron contra la guardia; cogiéndola desprevenida, todos se sobresaltaron y dispersaron; no obstante, pudieron coger a uno armado como estaba y lo pusieron en manos de Catón. Supo por éste que la principal fuerza estaba apostada en la garganta con el rey y que los que le guardaban las avenidas eran unos seiscientos Etolios escogidos; y mirando con desprecio así el corto número como la nimia confianza, marchó contra ellos al toque de trompetas y con grande gritería, siendo el primero a desenvainar la espada; pero los

enemigos, luego que los vieron descender de las alturas, dando a huir hacia el cuerpo del ejército, lo pusieron todo en gran confusión.

XIV. Al mismo tiempo trató Manio de forzar las trincheras por el pie de la montaña, acometiendo por las gargantas con todas sus fuerzas; herido Antíoco en la boca, de una pedrada, que le quitó los dientes, volvió para atrás su caballo movido del dolor, con lo que ninguna parte de su ejército hizo ya frente a los Romanos, sino que, a pesar de tener que huir por sitios intransitables y peligrosos, porque las caldas habían de ser a lagos profundos o piedras peladas, impelidos hacia estos lugares desde los desfiladeros, y atropellándose unos a otros, ellos mismos se destruyeron por el miedo de las heridas y del hierro de los enemigos. Catón parece que nunca había sido muy contenido y parco en sus propias alabanzas, y, antes por el contrario, no había evitado la opinión de jactancioso, teniendo el serlo por consecuencia de los grandes hechos; pero en esta ocasión todavía ponderó más sus hazañas, pues dice que los que le vieron entonces perseguir y herir a los enemigos convinieron con él en que no quedaba Catón en tanta duda respecto del pueblo, como éste respecto de Catón y que el mismo cónsul Manio, en el calor todavía de la victoria, le echó los brazos, y teniéndole largo rato abrazado, prorrumpió en fuerza del gozo en la expresión de que ni él mismo ni todo el pueblo pagaría cumplidamente a Catón aquellos beneficios. Despachósele inmediatamente después de la batalla a ser él mismo el mensajero de aquellos sucesos, e hizo su navegación con mucha felicidad hasta Brindis, de donde en un día pasó a Tarento, y caminando cuatro desde el mar estuvo al quinto día en Roma, logrando ser el primero que anunció la victoria; con la cual la ciudad se llenó de regocijo y de fiestas, y de orgullo el pueblo, como que ya nada le impediría hacerse dueño de toda la tierra y el mar.

XV. De las acciones de guerra de Catón, éstas fueron las más celebradas, y en cuanto a las cosas de gobierno, la parte relativa a la acusación y corrección de los malos parece haber sido la que la mereció mayor atención; porque persiguió por sí a muchos, a otros les ayudó en este público ejercicio y a algunos les dio el trabajo hecho para él, como a Petilio contra Escipión; en cuanto a éste, que logró poner bajo sus pies los cargos por ser de una ilustre familia y de un ánimo verdaderamente grande, hubo de retirarse, viendo que no podía conducirlo al suplicio; pero a Lucio, su hermano, poniéndose al lado de los que le acusaban, lo envolvió en la condenación de una gran multa para el erario; y como no tuviese con qué pagar, y por ello estuviera para ser puesto en prisión, con gran dificultad se desenredó por la intercesión de los tribunos. Dícese también que a un joven que había conseguido se notase de infamia al enemigo de su padre, viéndolo ir por la plaza después de la sentencia, le salió al encuentro Catón, y alargándole la mano le dijo que de aquel modo se debía hacer ofrenda a los manes de los padres, no con corderos o cabritos, sino con las lágrimas y

las condenaciones de los enemigos. Mas tampoco él salió siempre de los negocios libre y exento, sino que al menor asidero que daba a sus enemigos era también puesto en juicio, y corría su riesgo; dicese que tuvo que defenderse en pocas menos de cincuenta causas, la última de ellas cuando ya tenía ochenta y seis años; en la cual dijo aquella célebre sentencia: “Que es cosa muy dura haber vivido con unos hombres y tener que defenderse ante otros”. Sin embargo, no fue aquella con la que puso término a esta especie de contiendas, pues, pasados otros cuatro años, acusó a Sergio Galba cuando ya era de noventa, faltando poco para que le sucediese lo que a Néstor, que con su vida y sus hechos alcanzó tres generaciones; pues que habiendo tenido, como hemos dicho, diferentes choques en asuntos de gobierno con Escipión el mayor, llegó hasta los tiempos de Escipión el joven, que era hijo de aquel por adopción, y natural de Paulo, el que subyugó a Perseo y los Macedonios.

XVI A los diez años después del consulado se presentó Catón a pedir la censura. Viene a ser esta dignidad el colmo de todos los honores y como el complemento del gobierno, teniendo además de otras facultades la del examen de la vida y costumbres; porque no hay acto alguno de importancia, ni el casamiento, ni la procreación de los hijos, ni el método ordinario de la vida, ni los banquetes, que se crea debe quedar libre de examen y corrección para que cada uno se haya en ellos según su deseo o su capricho. Así es que teniendo por cierto que en estos hechos más que en los públicos y en los relativos al gobierno se da a conocer la índole y carácter de los hombres, para que hubiera quien observara, celara e impidiera el que nadie se abandonase a los deleites y alterase el modo de vivir recibido y acostumbrado, elegían uno de los llamados patricios y otro de los plebeyos. El nombre de éstos era el de censores, y tenían facultad para privar de la dignidad ecuestre y para excluir del Senado al que vivía relajada y disolutamente. Tocaba también a éstos tomar conocimiento e inspeccionar el valor de las haciendas, y discernir las familias y ocupaciones por medio de la descripción o censo, y aún tenía otras muchas facultades esta magistratura. Por esta causa, luego que Catón se presentó a pedirla le salieron al encuentro, oponiéndose casi todos los más principales y distinguidos de los senadores; los nobles, porque se consumían de envidia, creyendo que su clase se vilipendiaba con que hombres oscuros en su origen se elevaran por fuerza a la primera dignidad y poder, y, por otra parte, aquellos a quienes remordía la conciencia por su mala conducta y por el olvido de las costumbres patrias temían mucho la austeridad de aquel, por saber que sería inexorable y duro en el ejercicio de la autoridad; con este objeto, pues, preparados y convenidos entre sí, presentaron siete como contrarios y rivales de Catón en la petición, lisonjeando a la muchedumbre con halagüeñas esperanzas, en la creencia de que ésta querría ser mandada blandamente y a su placer. Mas Catón, por el contrario, no dio muestra de

ninguna indulgencia, si- no que al revés, amenazando a los malos desde la tribuna y gritando que la ciudad necesitaba una gran limpia, pedía que, si querían acertar, de los médicos no escogieran al más blando, sino al más determinado, y que éste era él mismo, y de los patricios sólo Valerio Flaco, porque sólo con éste creía poder extirpar el regalo y la molicie, cortando y quemando como la cabeza de la hidra, cuando veía que cada uno de los otros precisamente había de mandar mal, puesto que tenían a los que mandarían bien. Y el pueblo romano era entonces tan grande y tan digno de grandes magistrados, que no temió la severidad y aspereza de Catón, sino que más bien, descartándose de aquellos hombres suaves y dispuestos a complacerle en todo, lo eligió con Valerio Flaco, como si hubiese oído, no a uno que pedía la dignidad, sino a quien ya la tenía y estaba mandando.

XVII. Incorporó, pues, Catón en el Senado a su colega y amigo Lucio Valerio Flaco, y removió de él a muchos, entre ellos a Lucio Quincio, que había sido cónsul siete años antes, y, lo que era de mucha consideración, después del honor consular, hermano de Tito Flaminio, el que venció a Filipo. La causa que tuvo para esta remoción fue la siguiente: había puesto su amor Lucio en un mocito desde que éste era niño, y teniéndole desde entonces siempre consigo, le dio en sus diferentes mandos tanta privanza y autoridad cuanta no alcanzó nunca ninguno de sus mayores amigos y deudos. Hallábase en una provincia de procónsul, y estando en un festín sentado a su lado, como era de costumbre, este mocito, entre otros halagos que prodigó a Lucio, fácil de ser seducido con ellos en el exceso del vino, le dijo ser tal el extremo con que le amaba, que habiendo en su casa el espectáculo de un duelo de gladiadores, a que nunca antes asistiera, había preferido correr a su compañía, a pesar de que deseaba ver a un hombre caer muerto de heridas; replicóle Lucio, correspondiendo a sus caricias: “Pues por eso no te me angusties, que yo lo remediaré”; y dando orden de que trajesen al mismo banquete a uno de los que estaban condenados a pena capital, y de que entrase uno de los esclavos armado con una hacha, volvió a preguntar al joven si quería ver cómo le daban el golpe; respondió éste que sí; y entonces mandó que le cortasen la cabeza. Son muchos los que refieren este caso, y Cicerón introduce al mismo Catón contándole en su diálogo de la vejez. Mas Livio dice que el degollado fue un tráfuga de los Galos, y que no fue muerto por un esclavo, sino por mano del mismo Lucio; lo que así se hallaba escrito en el discurso de Catón. Expelido Lucio del Senado, lo llevó muy a mal el hermano, y apelando al pueblo, se mandó que Catón diera la causa en que se había fundado; díjola, y refiriendo lo ocurrido en el banquete, Lucio intentó negarlo; pero proponiendo Catón que jurase, desistió de aquel propósito, y con esto hubo de declararse que en lo hecho no había llevado sino lo merecido. Mas de allí a poco se celebraron espectáculos de teatro, y habiéndose pasado del sitio de los consulares, yéndose a sentar en otro puesto muy lejos de allí, se movió a

grande compasión el pueblo, y con sus voces le obligó a que volviese al otro lugar, enmendando y corrigiendo por este medio lo antes sucedido. Removió también del Senado a Manilio, varón que todos consideraban acreedor al consulado, con motivo de que besó de día a su mujer a vista de una hija, porque decía que a él nunca le abrazaba su mujer sino cuando había gran tormenta de truenos, y por lo mismo solía usar del chiste de que era feliz cuando Júpiter tronaba.

XVIII. Concilió también a Catón alguna envidia el hermano de Escipión, Lucio, varón condecorado con el triunfo, y a quien aquel privó de la dignidad ecuestre, pues pareció haberlo hecho con la mira de incomodar a Escipión Africano. Mas lo que le indispuso con los más fue su empeño en cortar el lujo: porque si bien el oponérsele de frente era imposible, estando la mayor parte viciada y corrompida, tomó para ello un rodeo, haciendo dar a los vestidos, a los carruajes, a los objetos de tocador, a las vajillas y aparato de mesa, cada una de las cuales cosas pasaba en sí de mil y quinientas dracmas, un valor décuplo, para que, siendo mayores las tasaciones y los precios, fuesen mayores las contribuciones. Impuso, pues, un tres al millar, para que gravados los lujosos con el aumento se moderaran, viendo que los frugales y parcos, a iguales bienes, contribuían menos al erario. Odiábanle, pues, los que por el lujo aguantaban mayores impuestos, y, por el contrario, también los que renunciaban a él por no pagarlos. Porque para muchos es como quitarles la riqueza el no dejar que lo luzcan con ella; y como se luce es con lo superfluo y no necesario. Así dicen que de lo que más se admiraba Aristón el filósofo era de que fuesen tenidos por más felices los que poseían cosas superfluas que los que abundaban en las necesarias y útiles; y Escopas el Tésalo, como le pidiese uno de sus amigos una cosa que al mismo que la pedía no era de gran utilidad, e hiciese presente a éste que no le pedía nada que fuese o de necesidad o de provecho, “pues con estas cosas- le replicó- soy yo dichoso, y rico con las inútiles y superfluas.” Así el aprecio y admiración de la riqueza, sin tener apoyo en ningún afecto o necesidad de la naturaleza, se introduce por una opinión enteramente externa y vulgar.

XIX. Hacía Catón tan poca cuenta de los que por estas cosas le zaherían, que todavía procuraba apretar más: cortando los acueductos que los particulares habían formado para llevar el agua del público a sus casas y jardines, recogiendo y reduciendo los voladizos de los edificios sobre la calle pública, minorando los precios de los destajos o asientos de las obras, y haciendo subir hasta lo sumo en las subastas los rendimientos de los tributos. Con todo, Tito y los de su partido, haciéndole oposición, lograron que en el Senado se rescindieran, como hechos con desventaja, los asientos y contratas para la construcción de los edificios sagrados y públicos, y excitaron a los más ardientes de los tribunos de la plebe para que le denunciaran al pueblo e hicieran se le multase en dos talentos. Contrariaron

también con gran esfuerzo la construcción de la basílica que con los caudales públicos edificó Catón en la plaza, debajo del consejo o curia, y a la que puso el nombre de la Basílica Porcia; mas el pueblo parece que se mostró muy contento del modo con que ejerció la censura; pues que habiéndole consagrado una estatua en el templo de la Salud, no anotó en la inscripción que Catón mandó ejércitos ni que triunfó, sino, según la inscripción debe traducirse, que hecho censor restituyó a su antigua gravedad, con útiles reglamentos y sabias máximas e instituciones, el gobierno de los Romanos, ya decadente y muy inclinado a la corrupción. Y él antes se había burlado de los que se complacían en semejantes distinciones, diciendo ocultárseles que, mientras ellos estaban engreídos con las obras de los escultores y los pintores, los ciudadanos, lo que era para él de más honra, llevaban su imagen en los corazones. Maravillándose algunos de que, habiéndose puesto estatuas a muchos hombres sin opinión, él no tuviese ninguna, les respondió: “Más quiero que se pregunte por qué no se me pone que por qué se me ha puesto;” y, en fin, ni siquiera le era grato que se le alabara de conservarse un virtuoso ciudadano si no habla de redundar en bien de la república. Mas su mayor alabanza resulta de las siguientes observaciones: los que en alguna cosa faltaban, si por ella eran reprendidos, solían responder que se les culpaba sin razón, porque al cabo no eran Catones; a los que querían imitar algunos de sus hechos, y no mostraban arte e inteligencia, se les llamaba Catones a zurdas; el Senado, en los tiempos peligrosos y difíciles, ponía en él los ojos, como en la tormenta se ponen en el piloto, suspendiéndose muchas veces por no hallarse presente los negocios de importancia; y todos a una voz convienen en que por su costumbre, por su elocuencia y por sus años gozó en la república de una grandísima autoridad.

XX. Fue también buen padre, buen marido, y en aumentar su hacienda más que medianamente solícito; echán- dose bien de ver que no atendía a ella de paso como a cosa pequeña y de poca monta; paréceme, pues, oportuno hablar asimismo de su buen porte en el desempeño de estos oficios. Casóse con una mujer más noble que rica, haciéndose cargo de que por lo uno y por lo otro suelen tener vanidad y orgullo, pero de que las ilustres, por el temor de la vergüenza, son para las cosas honestas más obedientes a sus maridos. De los que castigan a las mujeres o los hijos, decía que ponían manos en las cosas más santas y sagradas; que para él merecía más alabanzas un buen marido que un buen senador, y que nada admiraba tanto en el antiguo Sócrates como el que, habiéndole cabido en suerte una mujer inaguantable y unos hijos necios, vivió, sin embargo, sosegado y tranquilo. Habiéndole nacido un hijo, nada había para él de mayor importancia, como no fuese algún negocio público, que el hallarse presente cuando la mujer lavaba y fajaba al niño. Ésta lo criaba con su propia leche, y aun muchas veces, poniéndose al pecho los niños de sus esclavos, preparaba así para su

propio hijo la benevolencia y amor que produce el ser hermanos de leche. Cuando ya empezó a tener alguna comprensión, él mismo tomó a su cuidado el enseñarle las primeras letras, sin embargo de que tenía un esclavo llamado Quilón, bien educado y ejercitado en esta enseñanza, que daba lección a muchos niños; porque no quería que a su hijo, como escribe él mismo, le reprendiese o le tirase de las orejas un esclavo, si era tardo en aprender, ni tampoco tener que agradecer a un esclavo semejante enseñanza. Así, él mismo le enseñaba las letras, le daba a conocer las leyes y le ejercitaba en la gimnástica, adiestrándole, no sólo a tirar con el arco, a manejar las armas y a gobernar un caballo, sino también a herir con el puño, a tolerar el calor y el frío y a vencer nadando las corrientes y los remolinos de los ríos. Dice, además, que le escribió la historia de su propia mano, y con letras abultadas, a fin de que el hijo tuviera dentro de casa medios de aprovecharse para el uso de la vida, de los hechos de la antigüedad y de los de su patria; que con no menor cuidado precavió que se dijeran cosas torpes ante aquel niño, que ante las vírgenes sagradas dichas Vestales, y que nunca se bañó con él; bien que, según parece, esto era costumbre entre los Romanos, porque tampoco los suegros se bañaban con los yernos, evitando el presentarse desnudos los unos entre los otros. Mas después, aprendiendo de los Griegos el no reparar en ponerse desnudos, comunicaron a éstos mismos a su vez el desorden de bañarse aun con sus mujeres. Ocupado Catón en la recomendable obra de formar y ensayar a su hijo para la virtud, aunque nada quedaba que desear, ni por la índole de éste ni por su esmero en corresponder a aquel cuidado, como el cuerpo no fuese bastante fuerte para tolerar el trabajo, tuvo el padre que rebajar la demasiada austeridad y el rigor en el método de vida. Mas no por esta delicadeza dejó de ser hombre esforzado en los hechos de armas, y en la batalla contra Perseo, mandando el ejército Paulo Emilio, peleó denodadamente. Sucedióle en ella que, habiendo dado un golpe, se le escapó la espada, ayudando también a ello el sudor de la mano, y acongojado con tal acontecimiento corrió a buscar a algunos de sus amigos, e, incorporado con ellos, volvió a cargar a los contrarios; y registrando el sitio con gran trabajo y esfuerzo, halló por fin la espada entre un cúmulo de armas y entre montones de cadáveres de amigos y de enemigos, sobre lo que el general Paulo hizo de él un grande elogio; y todavía corre una carta de Catón a su hijo, en la que alaba extraordinariamente su gran delicadeza y cuidado en recobrar la espada. Más adelante se casó este joven con Tercia, hija de Paula y hermana de Escipión, habiéndose enlazado con tan ilustre gente no menos por sí que por su padre, en lo que se ve haberse logrado cumplidamente el esmero de Catón en la educación de su hijo.

XXI Poseía muchos esclavos de los cautivos, comprándolos, por lo regular, todavía pequeños, en estado de admitir, como los cachorrillos y demás animales jóvenes, crianza y educación. De estos ninguno entró jamás en

casa ajena, como no fuera por enviarlos Catón o su mujer; y si alguno les preguntaba ¿qué hace Catón?, no daban otra respuesta si no es que no lo sabían; era su deseo, o que hiciesen algo o que durmiesen: gustando más Catón de los que dormían mucho, a causa de que los tenía por de mejor condición que los muy despiertos, y porque para todo son más útiles los bien dormidos que los que están faltos de sueño. Conociendo que los esclavos la mayor parte de las maldades las cometen por el incentivo de la lascivia, tenía dispuesto que por cierto dinero se ayuntasen con las esclavas, sin mezclarse nunca ninguno de ellos con otra mujer. Al principio, cuando todavía estaba escaso de bienes y servía en la milicia, no se incomodaba nunca por las cosas de comer, y antes decía que era una vergüenza altercar por el vientre con los esclavos; pero más adelante, estando ya en otra opulencia, cuando daba de comer a los amigos y colegas, castigaba inmediatamente después del convite con una correa a los que se habían descuidado en preparar o servir la comida. Buscaba medios para que siempre los esclavos tuvieran quimeras y rencillas entre sí, por sospechar y temer mucho de su concordia. Cuando algunos ejecutaban acción que se tuviese por digna de muerte, si por tal la juzgaban todos los demás esclavos, determinaba que muriese. Aplicado luego a más crecida ganancia, miraba la agricultura más bien como entretenimiento que como granjería; y poniendo su solicitud en negocios seguros y ciertos, procuró adquirir estanques, aguas termales, lugares a propósito para bataneros y terreno de buena labor, que diese de suyo pastos y arbolados, de lo que le resultaba mucha utilidad, sin que ni de Zeus, como él decía, pudiera venirle daño. Dióse también al logro, y justamente al más desacreditado de todos, que es el marítimo, en esta forma. Trató de que muchos logreros formasen compañía, y habiéndose reunido cincuenta con otros tantos barcos, él tomó una parte por medio de Quintión, su liberto, que cooperaba y navegaba con los demás; así el peligro no era por él todo, sino por una parte pequeña, y la ganancia era grande. Solía asimismo dar dinero a los esclavos que te pedían, y éstos compraban mozuelos, a los que ejercitaban y amaestraban a expensas de Catón, volviéndolos a vender al cabo de un año. Quedábase el mismo Catón con muchos de ellos, haciendo la cuenta por el precio mayor que cualquiera otro había ofrecido en la subasta. Para inclinar al hijo a estas granjerías le decía que no era de hombre, sino de una pobre viuda, el dejar que la hacienda tuviese menoscabo. Otra cosa hay todavía más dura del mismo Catón, y es haber llegado a decir que era hombre admirable y divino en cuanto a la fama aquel que dejaba en sus gavetas más dinero puesto por él que el que recibió.

XXII. Estaba ya muy adelantado en la edad Catón cuando de Atenas vinieron a Roma de embajadores Carnéades el Académico y Diógenes el Estoico a reclamar cierta condenación del pueblo de Atenas, impuesta sin su audiencia, siendo demandantes los de Oropo y jueces que la

pronunciaron los de Sicione y regulada en la suma de quinientos talentos. Al punto, pues, pasaron a visitar a estos personajes los jóvenes más aficionados a la literatura, y dieron en frecuentar sus casas oyéndolos y admirándolos. Principalmente, la gracia de Carnéades, a la que no le faltaba poder ni la fama que a este poder es consiguiente, logró atraerse los más ilustres y más benignos oyentes, siendo como un viento impetuoso que llenó la ciudad de la gloria de su nombre, corrió, en efecto, la voz de que un varón griego, admirable hasta el asombro, agitándolo y conmoviéndolo todo, había inspirado a los jóvenes un ardor extraordinario, que, apartándolos de todas las demás ocupaciones y placeres, los había entusiasmado por la filosofía. Estos sucesos fueron agradables a los demás Romanos que veían con gusto que los jóvenes se aplicasen a la instrucción griega y comunicasen con tan admirables varones; pero Catón, a quien desde el principio había sido poco grato el que fuese cundiendo en la ciudad la admiración de la elocuencia, por temor de que los jóvenes, convirtiendo a ella su afición, prefiriesen la gloria de hablar bien a la de las obras y hechos militares, cuando llegó a tan alto punto en la ciudad la fama de aquellos filósofos y se enteró de sus primeros discursos que a solicitud e instancia suya tradujo ante el Senado Gayo Acilio, varón muy respetable, tomó ya la resolución de hacer que con decoro fueran todos los filósofos despedidos de la ciudad. Presentándose, pues, al Senado, reconvino a los cónsules sobre que estaba detenida, sin hacer nada, una embajada compuesta de hombres a quienes era muy fácil persuadir lo que quisiesen: por tanto, que sin dilación se tomara conocimiento y determinara acerca de la embajada, para que éstos, volviendo a sus escuelas, instruyesen a los hijos de los griegos, y los jóvenes romanos sólo oyesen como antes a las leyes y a los magistrados.

XXIII. No lo hizo esto, como algunos han creído, porque estuviese mal individualmente con Carnéades, sino por ser opuesto en general a la filosofía, y por desdeñar con orgullo y soberbia toda instrucción y enseñanza griega; así es que aun de Sócrates se atreve a decir que aquel hombre hablador y violento intentó del modo que le era posible tiranizar a su patria, alterando las costumbres y llamando e impeliendo a los ciudadanos a opiniones contrarias a las leyes. Satirizando la ocupación y enseñanza de Isócrates, decía que los discípulos envejecían en su escuela para ir a usar de su arte y perorar causas en el infierno delante de Minos. Para indisponer al hijo con las cosas de los Griegos empleó una voz más entera que lo que su vejez permitía, y, como profetizando y vaticinando, dijo que los Romanos arruinarían la república cuando por todas partes se introdujesen las letras griegas; pero el tiempo acreditó de vana esta difamación, pues que luego creció la prosperidad de la república, y admitió benignamente las ciencias y toda especie de enseñanza griega. No se limitaba su displicencia a los Griegos dados a la filosofía, sino que también

a los médicos los miraba con ceño, y habiendo oído un dicho, según parece, de Hipócrates, que, siendo llamado por el gran rey con la oferta de muchos talentos, había respondido que por nada en el mundo asistiría a los bárbaros enemigos de los Griegos, decía que éste era un juramento común de todos los médicos, y encargaba al hijo que se guardara de ellos, porque él tenía escrito para sí y para todos los que en su casa asistían a los enfermos este precepto: que nunca había de guardar ninguno dieta, y se los habían de dar a comer legumbres y carnes tiernas, de ánade, de pichón o liebre; por cuanto este alimento era ligero y provechoso a los delicados, con sólo el inconveniente de que en los que usaban de él producía vigiliias, y que con esta medicina y este método gozaba de salud él mismo y mantenía sanos a todos los de su familia.

XXIV. Mas parece que en esta parte recibió de los Dioses algún castigo, pues que perdió a la mujer y al hijo. En su persona era de una complexión sumamente fuerte y robusta, con lo que pudo aguantar mucho; de manera que aun siendo ya bastante anciano usaba frecuentemente de las mujeres, y contrajo un matrimonio muy desigual en cuanto a la edad, con esta ocasión: perdido que hubo la mujer, proporcionó al hijo para su matrimonio la hija de Paulo y hermana de Escipión, y él, permaneciendo viudo, se enredó con una mozuela que iba a escondidas a verle; pero en una casa pequeña, en que había señora, no pudo dejar de traslucirse aquel trato; y pareciendo que un día había atravesado la mozuela con mucho desenfado, el hijo no le dijo nada; pero habiéndola mirado de mal ojo, y vuéltole la espalda, luego llegó a noticia del padre. Enterado, pues, de que la cosa se miraba mal por los jóvenes, sin echarles nada en cara, ni darles ninguna reprensión, salió de casa, bajó con los amigos como lo tenía de costumbre hacia la plaza, y saludando en voz alta a uno llamado Salonio, amanuense que había sido suyo, y uno de los que le acompañaban, le preguntó si había colocado ya a su hija con algún novio. Respondióle éste que ni siquiera pensaría en ello sin darle parte; a lo que le replicó: “Pues yo te he encontrado un pretendiente muy proporcionado, como no haya inconveniente por la edad, pues por lo demás no hay otra tacha sino que es muy viejo.” Rogándole Salonio que lo tomara a su cuidado y diera la doncella a quien se había propuesto, por cuanto siendo su cliente necesitaba de que la protegiese, ya entonces Catón no se detuvo más, y le dijo abiertamente que era para sí para quien la pedía. Quedóse al principio sorprendido Salonio con semejante propuesta, como era natural, creyendo a Catón muy lejos de casarse, y más lejos todavía a sí mismo de una familia consular y de la petición de un triunfador; mas viéndole todavía solícito, recibió la demanda con alegría, y acabando de bajar a la plaza, hicieron al punto los esponsales. Celebróse el casamiento, y el hijo de Catón, presentándose con algunos de los deudos, preguntó al padre si era porque le hubiese ofendido o disgustado en algo el haber pensado darle una madrastra; mas Catón:

“Ten mejores ideas, hijo- le contestó con esforzada voz-, porque tu conducta para conmigo no puede mejorarse, ni tengo la menor queja: solamente me he propuesto dejar para mi consuelo muchos hijos, y para el de la patria muchos ciudadanos que se parezcan a ti.” Dícese que esta máxima sentenciosa fue proferida antes por Pisístrato, tirano de Atenas, el cual, teniendo ya hijos crecidos, casó de segundas nupcias con Timonasa de Argos, de la que hubo en hijos a Iofonte y a Tésalo. De este matrimonio nació a Catón un hijo, que del nombre de la madre recibió el de Salonio. El hijo mayor murió siendo pretor, y de él hace mención muchas veces Catón en sus libros como de un hombre que se había hecho muy recomendable. Dícese que llevó esta pérdida con moderación y con filosofía, sin que por ella aflojase en las cosas de gobierno; pues no abandonó a causa de la vejez los negocios públicos, teniendo el desempeñarlos por una carga, como antes lo habían hecho Lucio Luculo y Metelo Pío, o como después Escipión el Africano, que, incomodado de la envidia que excitó su gloria, abandonó la república, y con extraña mudanza el último tercio de su vida lo pasó en la inacción sino que, al modo que hubo quien persuadió a Dionisio que la tiranía era el mejor sepulcro, de la misma manera, mirando él el gobierno como el mejor modo de envejecer, aun tuvo por reposo y por diversión en los ratos de vagar el componer libros y entender en las labores del campo. XXV. Escribió, pues, libros de diferentes materias y de historia. A la agricultura dio su atención, siendo todavía joven para su uso; porque dice que sólo empleó dos medios de granjería, el cultivo de la tierra y el ahorrar; y entonces la observación de lo que sucedía en su campo le suministró a un tiempo diversión y conocimientos. Así, ordenó un libro de agricultura, en el que trató hasta del modo de preparar las pastas y de conservar las manzanas: aspirando en todo a ser nimio y no parecido a otro. Sus comidas en el campo eran más abundantes, porque solía congregarse a sus conocidos de los campos vecinos y comarcas, holgándose con ellos, y procurando hacerse afable y conagrarse, no sólo con los de su edad, sino también con los jóvenes, para lo que tenía los medios de hallarse con muy varios conocimientos y haber presenciado muchos negocios y casos dignos de referirse. Reputaba además la mesa por muy propia para ganar amigos, y en ella cuidaba de introducir, tanto el elogio de los buenos y honrados ciudadanos, como el olvido de los vituperables y malos, no dando nunca Catón margen en sus convites ni para la reprensión ni para la alabanza de éstos.

XXVI Su último acto Político se cree haber sido la destrucción de Cartago, dando fin a la obra Escipión el menor, pero habiéndose movido la guerra por dictamen y consejo de Catón con este motivo. Fue enviado Catón cerca de los Cartagineses y de Masinisa el Númerita, que tenían guerra entre sí, a investigar las causas de su desavenencia; porque éste era desde el principio amigo del pueblo romano, y aquellos, después de la victoria que de ellos

alcanzó Escipión, y de haber sido castigados con la pérdida del imperio del mar y con un grande tributo en dinero, se habían obligado a serlo con solemnes tratados. Como encontrase, pues, aquella ciudad no maltratada y empobrecida como se figuraban los Romanos, sino brillante en juventud, abastecida de grandes riquezas, llena de toda especie de armas y municiones de guerra, y que acerca de estas cosas no pensaba con abatimiento, parecióle que no era sazón aquella de que los Romanos se cuidaran de arreglar los negocios y la recíproca correspondencia de los Números y Masinisa, sino más bien de pensar en que si no tomaban una ciudad antigua enemiga, a la que tenían grandemente irritada, y que se había aumentado de un modo increíble, volverían pronto a verse en los mismos peligros. Regresando, pues, sin tardanza, hizo entender al Senado que las anteriores derrotas y descalabros de los Cartagineses no habrían disminuido tanto su poder como su inadvertencia; y era de temer que no los hubiesen hecho más débiles, sino antes más inteligentes en las cosas de la guerra, pudiéndose mirar los combates con los Números como preludios de los que meditaban contra los Romanos; y, por fin, que la paz y los tratados eran un nombre que encubría sus disposiciones de guerra, mientras esperaban la oportunidad.

XXVII. Después de esto, dícese que Catón arrojó de intento en el Senado higos de África, desplegando la toga, y como se maravillasen de la hermosura y tamaño de ellos, dijo que la tierra que los producía no distaba de Roma más que tres días de navegación. Refiérese todavía otra cosa más fuerte, y es que siempre que daba dictamen en el Senado sobre cualquier negocio que fuese, concluía diciendo: “Este es mi parecer, y que no debe existir Cartago.” Por el contrario, Publio Escipión, llamado Nasica, continuamente decía y votaba que debía existir Cartago; y es que, a mi entender, viendo a la plebe que por el engreimiento vivía descuidada, y por la prosperidad y altanería era menos obediente al Senado, y a la ciudad toda se la llevaba tras sí adondequiera que se inclinase, le parecía que el miedo a Cartago era como un freno que moderaba el arrojamiento de la muchedumbre: estando en la inteligencia de que el poder de los Cartagineses no era tan grande que hubiera de subyugar a los Romanos, ni tan pequeño que hubieran de ser mirados con desprecio. Mas a Catón esto mismo le parecía peligroso, a saber: el que el pueblo indócil, y precipitado por un gran poder, estuviera como amenazado de una ciudad siempre grande, y ahora atenta e irritada por lo que había sufrido, y el que no se quitara enteramente el miedo de una dominación extranjera para respirar y poder pensar en el remedio de los males interiores. De este modo se dice que Catón fue el autor de la tercera y última guerra contra los Cartagineses. Mas al principio de las hostilidades falleció, profetizando acerca del varón que había de dar fin a aquella guerra, el cual era entonces joven, tribuno, y bajo el mando de otro, pero daba ya insignes muestras de prudencia y valor en los combates;

cuando estas nuevas se trajeron a Roma, oyéndolas Catón, se refiere que dijo: De prudencia éste solo está asistido, sombras son los demás que lleva el viento: profecía que en, breve confirmó Escipión con sus obras. La descendencia que dejó Catón fue un hijo del segundo matrimonio, al que hemos dicho habersele dado el nombre de Salonio, por razón de la madre, y un nieto del otro hijo difunto. Salonio murió siendo pretor; Marco, que nació de él, llegó a ser cónsul, y del mismo fue nieto Catón el Filósofo, varón en virtud y en gloria el más ilustre de su tiempo.

Comparación de Arístides y Catón
de Plutarco

I. Hemos escrito de ambos lo que nos ha parecido digno de memoria; y la vida de éste, puesta al frente de la de aquel, no ofrece una diferencia tan marcada que no quede oscurecida con muchas y muy grandes semejanzas. Mas si por fin hemos de examinar por partes, como un poema o una pintura, a uno y a otro, el haber llegado al gobierno y a la gloria sin anterior apoyo, por sola la virtud y las propias fuerzas, esto es común a entrambos. Parece con todo que Aristides se hizo ilustre cuando todavía Atenas no era muy poderosa, y compitiendo con generales y hombres públicos que en bienes de fortuna gozaban sólo de cierta medianía y eran entre sí iguales; porque el mayor censo era entonces de quinientas medimnas; el segundo, que era el de los que mantenían caballo, de trescientas, y el tercero y último, de los que tenían yunta, de doscientas. Mas Catón, saliendo de una pequeña aldea, y de una vida que parecía de labrador, como a un piélagos inmerso, se lanzó al gobierno de Roma, cuando ya ésta no era regida por unos magistrados como los Curios, los Fabricios y los Atilios, ni admitía a los cónsules y oradores desde el arado y la azada, sino cuando acostumbrada a poner los ojos en linajes esclarecidos, en la riqueza, los repartimientos y los obsequios, por el engrandecimiento y el poder, se mostraba insolente con los que aspiraban a mandar. Así que no era lo mismo tener por rival a Temístocles, no ilustre en linaje, y medianamente acomodado, pues se dice que su hacienda sería de cinco o tres talentos cuando se le dio el primer mando, que contender por los primeros puestos con los Escipiones Africanos, los Sergio Galbas y los Quincios Flaminios, sin tener otra ayuda que una voz franca y libre para sostener lo justo.

II. Además, Aristides en Maratón y en Platea no era sino el décimo general, y Catón fue elegido segundo cónsul, siendo muchos los competidores; y segundo censor, logrando ser preferido a siete rivales los más poderosos e ilustres. Aristides no fue nunca el primero en aquellas victorias, sino que en Maratón llevó la primacía Milcíades, y en Platea dice Heródoto que fue Pausanias quien más se distinguió y sobresalió. Aun el segundo lugar se lo disputaron a Aristides los Sófanos, los Aminias, los Calímacos y los

Cinegiros, que se señalaron por su valor en aquellos combates. Mas Catón, no sólo siendo cónsul tuvo la primacía por la mano y por el consejo en la guerra de España, sino que no siendo más que tribuno en Termópilas, bajo el mando de otro cónsul, tuvo el prezo de la victoria, abriendo a los Romanos ancha entrada contra Antíoco, y poniéndole a éste la guerra a la espalda, cuando no miraba sino adelante; porque aquella victoria, que fue la más brillante hazaña de Catón, lanzó al Asia de la Grecia y se la dio allanada después a Escipión. En la guerra, pues, ambos fueron invictos, pero en el gobierno Aristides fue suplantado, siendo enviado a destierro y vencido por el partido de Temístocles, mientras Catón, teniendo por rivales puede decirse que a todos cuantos gozaban en Roma del mayor poder y autoridad, luchando como atleta hasta la vejez, se sostuvo siempre firme e inmóvil; y habiéndosele puesto e intentado él mismo diferentes causas públicas, en muchas de éstas venció, y de todas aquellas salió libre, siendo su escudo su tenor de vida, y su arma para obrar la elocuencia, a la que debe atribuirse, más que a la fortuna o al buen genio de este esclarecido varón, el no haber tenido que sufrir con injusticia; pues también dijo Antípato, escribiendo de Aristóteles después de su muerte, haberle sido aquella de gran auxilio, porque entre otras brillantes dotes tuvo la de la persuasión.

III. Es cosa en que todos convienen que no hay para el hombre virtud más perfecta que la social o política, pues de ésta es entre muchos reconocida como parte muy principal la económica; porque la ciudad, que no es más que la reunión y la cabeza de muchas casas, se fortalece para las cosas públicas con que prosperen los ciudadanos. Por tanto, Licurgo, echando fuera de casa en Esparta la plata y el oro, y dándoles una moneda de hierro echado a perder al fuego, no quiso apartar a sus conciudadanos de la economía, sino que con quitarles los regalos, lo superfluo y lo abotagado y enfermizo, pensó con más prudencia que otro legislador alguno en que todos abundasen en las cosas necesarias y útiles, temiendo más para la comunión de gobierno al miserable, al vagabundo y al pobre, que al rico y opulento. Parece, pues, que Catón no fue peor gobernador de su casa que de la ciudad, porque aumentó sus bienes y se constituyó para los demás maestro de economía y de agricultura, habiendo recogido muchas y muy importantes cosas sobre estos objetos. Mas Aristides, con su pobreza, desacreditó en cierta manera a la justicia, poniéndole la tacha de perdedora de las casas y productora de mendigos, provechosa a todos menos al que la posee, siendo así que Hesíodo usó de muchas razones para exhortarnos a la justicia y a la economía juntamente, y Homero cantó con acierto: No encontraba placer en el trabajo, ni de casa y hacienda en el cuidado, que a los amados hijos tanto importa; sino que mi deleite eran las naves de remos guarnecidas, los combates, y los lucientes arcos y saetas: como para dar a entender que de unos mismos era el descuidar la hacienda y el vivir

anchamente de la injusticia. Pues no así como dicen los médicos que el aceite es muy saludable a los cuerpos por fuera y muy dañosa por dentro, de la misma manera el justo es útil a los otros e inútil a sí y a los suyos. Paréceme, por tanto, que la virtud política de Aristides fue defectuosa y manca en esta parte, pues que en la opinión más común descuidó de dejar con qué dotar las hijas y con qué hacer los gastos de su entierro. De aquí es que la familia de Catón dio a Roma hasta la generación cuarta pretores y cónsules, habiendo servido las primeras magistraturas sus nietos y los hijos de éstos; cuando la gran pobreza y miseria de la descendencia de Aristides, que tuvo tan preferente lugar entre los griegos, a unos los obligó a escribirse entre los embelecadores y a otros a alargar la mano para recibir del público una limosna, sin que a ninguno le fuese dado pensar en algún hecho ilustre o en cosa que fuese digna de aquel varón esclarecido.

IV. Mas esto todavía pide ilustración, porque la pobreza no es afrentosa por sí, sino cuando proviene de flojedad, de disipación, de vanidad y de abandono; pero en el varón prudente, laborioso, justo, esforzado y entregado a los negocios de la república, unida a todas las virtudes, es señal de magnanimidad y de una elevada prudencia, porque no puede ejecutar cosas grandes el que tiene su atención en las pequeñas, ni auxiliar a muchos que piden el que mucho desea. Así, para haberse bien en el gobierno, es ya un admirable principio no la riqueza, sino el desprendimiento, el cual, no apeteciendo para sí nada superfluo, ningún tiempo roba a los negocios públicos, porque el que absolutamente de nada necesita es sólo Dios; y en la virtud humana, aquel que más estrecha sus necesidades es el más perfecto y el que más se acerca a la dignidad. Pues así como el cuerpo que está bien complexionado no necesita ni de excesiva ropa ni de excesivo alimento, de la misma manera una vida y una casa bien arregladas con las cosas comunes se dan por contentas; y en éstas, lo regular es que el gasto y la hacienda guarden proporción. Porque el que allega mucho y gasta poco ya no es desprendido, pues, o se afana por recoger lo que no apetece, y en este caso es necio, o por recoger lo que apetece y de lo que no se atreve a hacer uso por avaricia, y en este caso es infeliz. Por tanto, yo preguntaría al mismo Catón: si la riqueza es para gozarse, ¿por qué se jacta de que poseyendo mucho se daba por contento con una medianía? Y si es laudable y glorioso, como lo es ciertamente, comer el pan que comúnmente se vende, beber el mismo vino que los trabajadores y los esclavos, y no necesitar ni de púrpura ni de casas blanqueadas, nada dejaron por hacer de lo que debían ni Aristides, ni Epaminondas, ni Manio Curio ni Gayo Fabricio, con no afanarse por la posesión de unas cosas cuyo uso reprobaban, porque a quien tenía por sabroso alimento los rábanos, y los cocía por sí mismo mientras la mujer amasaba la harina, no le era necesario mover disputas sobre un cuarto ni escribir con qué granjería podría uno hacerse más presto rico: así que es muy laudable el contentarse con lo que

se tiene a la mano y ser desprendido, porque aparta el ánimo a un mismo tiempo del deseo y del cuidado de las cosas superfluas; y por esta razón respondió muy bien Aristides en la causa de Calias, que de la pobreza debían avergonzarse los que se veían en ella contra su voluntad, y al revés, gloriarse, como él, los que voluntariamente la llevaban; y, ciertamente, sería cosa ridícula atribuir a desidia la pobreza de Aristides, cuando te hubiera sido fácil, sin hacer nada que pudiera notarse, y con sólo despojar a un bárbaro u ocupar un pabellón, pasar al estado de rico. Mas baste lo dicho en esta materia.

V. Por lo que hace a mandos militares, los de Catón, aunque en cosas grandes, no decidieron de grandes intereses; pero con respecto a los de Aristides, las más brillantes y gloriosas hazañas de los Griegos son Maratón, Salamina y Platea; ni es razón se pongan en paralelo Antíoco con Jerjes, o los derribados muros de algunas ciudades de España con tantos millares de hombres deshechos por tierra y por mar; en los cuales sucesos, por lo que hace a trabajo y diligencia, nada le faltó a Aristides, si le faltaron la fama y las coronas, en las que, como en los bienes y en la riqueza, cedió fácilmente a los que la solicitaban con más ansia, por ser superior a todas estas cosas. No reprendo en Catón sus continuas jactancias y el que se diese por el primero de todos, sin embargo de que él mismo dice en uno de sus libros ser muy impropio que el hombre se alabe o se culpe a sí mismo; con todo, para la virtud me parece más perfecto que el que frecuentemente se alaba a sí mismo el que sabe pasarse sin la alabanza propia y sin la ajena. Porque el no ser ambicioso es un excelente preparativo para la afabilidad social, así como, por el contrario, la ambición es áspera y muy propia para engendrar envidia, de la que el uno estuvo absolutamente exento, y el otro participó demasiado de ella. Así, Aristides, cooperando con Temístocles en las cosas más importantes, y haciéndose en cierta manera su ayudante de campo, puso en pie a Atenas; y Catón, por sus rencillas con Escipión, estuvo en muy poco que no desgraciase la expedición de éste contra Cartagineses, que destruyó a Aníbal, hasta entonces invicto; y, por fin, excitando siempre sospechas y calumnias a éste, le apartó de los negocios de la república, y al hermano le atrajo una condenación infamante por el delito de peculado.

VI Catón hizo, es verdad, continuos elogios de la templanza; pero Aristides la conservó pura y sin mancilla, y aquel matrimonio de Catón, tan desigual en la calidad y en los años, no pudo menos de ceder en su descrédito, porque siendo ya tan anciano, y teniendo un hijo en la flor de la edad recién casado, pasar a segundas nupcias con una mocita, hija de un servidor y asalariado público, no fue cosa que pudiese parecer bien; pues, ora lo hiciese por deleite, ora por enojo para mortificar al hijo, a causa de lo sucedido con la amiga, siempre hay fealdad en el hecho y en el motivo. Y la respuesta que con ironía dio al hijo no era sencilla y verdadera, porque si

quería tener hijos virtuosos que se le pareciesen, debía contraer un matrimonio decente, concertándolo con tiempo; y no que mientras estuvo oculto su trato con una mozueta soltera y pública se dio por contento, y cuando ya se echó de ver, hizo su suegro a un hombre a quien podía mandar y no con quien pudiera tener deudo honrosamente.

2010- Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#). www.biblioteca.org.ar/comentario

